El triunfo de la memoria

Abril Posas

El triunfo de la memoria

Para los que, al leer, se acuerden.

Y para mi familia,
que nunca me deja olvidar.

BITÁCORA DEL OLVIDO

> Don’t forget the songs that made you cry and the songs that saved your life.
>
> THE SMITHS, «Rubber ring»

DIARIO DE ARCELIA MÉNDEZ

Hoy

Tengo la sensación familiar otra vez. Esa de que tengo una canción en la cabeza, pero no recuerdo cuál es. Últimamente miro los muros como si su desnudez pudiera darme alguna pista de lo que mi memoria está buscando, porque cuando intento lo mismo desde las ventanas, lo único que veo son naranjos secos y el polvo que se deja levantar por una brisa tibia.

¿No debería ser ya invierno?

El dolor punzante de mi seno derecho resultó ser una protuberancia. Me pregunto si valdrá la pena buscar un médico.

Hoy, por la noche

Solo quiero decir que sigo las anotaciones porque creo que así debería ser. Hay tantas hojas aquí revueltas, que ya no sé si se han perdido varias o son todas las que han existido desde que Arcelia —yo, asumo— decidió hacer una bitácora. De cualquier manera, ya no tiene orden, y sentido, jamás lo tuvo.

15 de noviembre

No sé por dónde empezar, porque lo he contado ya tantas veces a diferentes personas, que tengo la sensación de que soy la única que no entiende qué sucede. Si esto sirviera para una referencia futura, espero dejar escrito todo lo que pasa y después podamos encontrar una solución. Si es usted un médico, un científico o un investigador, déjeme decirle que tiene que comprender que desde hace cinco años yo iba religiosamente al Bar del Barrio. Nunca fue nada espectacular ni vendía cervezas artesanales o importadas que no pudieran encontrarse en otro lugar. Ni siquiera aceptaban pagos con tarjeta, pero desde la primera vez que entré por una cerveza supe que estaba en casa: baños limitados, no muy limpios y poco papel para la demanda de cada noche. Por él empecé a llevar papel higiénico en la bolsa. Las mesas eran de metal, pero la barra tenía grifos para servir clara u oscura, cada fin de semana había tocadas de punk o rockabilly y jamás gastaba más de 200 pesos, a pesar de que la cruda al día siguiente intentara convencerme de lo contrario.

Podría no haber luz en las calles por los recortes presupuestales; podría haber cumpleaños rotos por largas llamadas para explicar por qué se abandona al interlocutor, al otro lado de la bocina, por otra

persona al otro lado del océano. Podría ser la mierda, pero el farol chueco de la puerta del Bar del Barrio siempre estaba encendido por la calidez que emanaba —y la planta de luz que lo convertía en el único espacio con electricidad cuando el gobierno hacía sus apagones.

El Bar del Barrio era el sitio del que hablaba Cheer's: todos conocían mi nombre. Y aunque yo no conocía a todos los que ahí llegaban, nos reconocíamos y brindábamos con gusto antes del cierre. Así que necesitaba un poco de esa calidez ayer por la noche. Me subí a la bicicleta y me cargué un paraguas, por si la lluvia y el viento otra vez, pero no hizo falta. No solo porque la noche se mantuvo seca e indiferente, sino porque cuando llegué a la esquina del bar me encontré con una llantera. Como si ahí hubiera estado siempre, desde hacía más de cinco años. Era una vulcanizadora, con grasa hasta en el machuelo de la banqueta y cumbias que emanaban desde su interior. Nada en contra de los ritmos guapachosos —todos saben que alivian la tristeza después de las tres de la mañana—, pero el bar se había esfumado.

Un hombre estaba limpiando herramienta en ese momento, y debí quedarme mucho tiempo de pie, todavía montada en la bicicleta, tratando de descifrar qué significaba todo hasta este momento (¿lo había soñado todo durante cinco años, o habían sido unos diez minutos de siesta y todavía estaba echada en el único sofá de casa, con el Gato Nuevo ronroneando sobre mi estómago?), porque se me acercó y me preguntó si necesitaba algo.

¿Qué pasó aquí?, le pregunté, balbuceando. ¿Qué pasó, de qué? ¿Y el bar? ¿Cuál bar? El bar que estaba aquí. ¿Aquí, dónde? Antes de convertirnos en una mala rutina de Abbot y Costello, apreté los puños del manubrio y retomé el camino de regreso a casa, y hasta ahí habría llegado en estupefacto silencio si no me hubiera encontrado con Barona, quien me topó cuando me detuve en un semáforo y me llevó a una fiesta. Ya en el lugar, quise hacer averiguaciones, pues muchos habían sido regulares del Barrio, y no, nadie podía responderme porque en sábado las borracheras empiezan temprano y ellos ya tenían carrera recorrida. Estaba ahí, la única sobria de la multitud, intentando preguntar, uno por uno, la historia de una desaparición que solo parecía dolerme a mí; era una madre interrumpiendo las vidas de otros para mostrarles la foto en blanco y negro de un hijo que se le soltó en un mercado y jamás volvió a ver. La música se mezclaba con mi voz, algunos pensaban que cantaba la letra que rebotaba por los muros en ese momento. Solo me sonreían, me pasaban una cerveza tibia o el brazo sobre el hombro para que brincara al unísono con ellos. El trayecto a casa lo hice sin darme cuenta.

No creo que pueda dormir tampoco esta noche.

13 de noviembre

Cuando mi primer gato murió, me lo entregaron envuelto en dos pañales de adulto, hecho un ovillo, todavía tibio. Lo guardé en la backpack que lo había llevado al veterinario para atender su estado deteriorado. De haber sabido que un par de horas después iba a morir sedado, le habría evitado la agonía de recostarse en una mesa helada, para extraerle sangre. Luego lo enterré en el fondo de una jardinera, porque donde vivo y con lo que gano no me alcanza para tener un jardín que lo convierta en los nutrientes que alimenten los bichos que se arrastrarán por el pasto. Y le dije tantas cosas al despedirme, que casi llamo la atención de mis vecinos.

Con las botas quise hacer lo mismo. ¿Qué se le dice a un par de zapatos gastados? Pero guardé la compostura y no hice nada cuando escuché las campanas del camión de la basura. ¡Adiós, compañeras!, quise gritar por la ventana, ¡solo ustedes supieron lo que era resistir un callo sangrante con tal de robar las miradas de la gente en otra ciudad!

Y ya no están. Ya lo verifiqué.

22 de noviembre

Algo está muy mal.

No sé qué es. Una pieza, un circuito, un engranaje. Algo se perdió y hay huecos que han desaparecido, entonces no puedo explicarlo cuando espero que alguien más me diga que ha notado lo mismo. No lo menciona nadie en los periódicos, en la calle o en la radio que escuchan los choferes del camión que tomo a veces para ir al trabajo. Los pasajeros, apretados unos contra otros, no hablan de lo que está esfumándose de pronto, no tienen miedo de estar perdiendo la razón. Al menos no por esto que me ha robado el sueño.

Yo debía dormir mejor desde el día que me deshice de las Doctor Martens, pero solo una noche tuvo efecto. ¿El final del mundo empieza de este modo, al tirar un par de botas destrozadas y solo desde una persona que se da cuenta? No quería creer que todo pudiera empeorar, hasta que me puse los audífonos y planeé una escapada a

través de un disco. Abrí la aplicación de música y busqué en la lista. No estaba ahí. Ya me había pasado antes: borrar archivos para hacer espacio y olvidar subir de nuevo discos enteros. Sin pánico, recurrí a Spotify. Por supuesto, ya existía una lista de reproducción con lo que buscaba, excepto que cuando la abrí, ya no estaban las canciones. Ni los discos. Ni el artista. Ni covers. Ni mención alguna a su trabajo. Perfecto, me dije, justo cuando más los necesito, The Smiths y Morrissey se pelean con las corporaciones que intentan monopolizar la escucha de música, y bajan todo de sus plataformas. De putísimamadre.

Pero tampoco estaban en YouTube. Ni en Wikipedia. Ni en su página oficial. Otra vez Google, Reddit, Bing, Facebook, Twitter, Snapchat, Soundcloud, Lastfm, y el horizonte se nublaba hacia el fondo, los bordes oscuros y un zumbido implacable que me obligaba a aguantar la respiración un poco para no sentir que resoplaba en la nuca del de al lado.

Si alguna vez fui presa de la locura, admitiría que me inventé un bar y sus comensales, los precios de la cerveza, las bandas que ahí tocaban, el olor del baño de hombres y lo fácil que se obstruía el de mujeres. Que soñé una película y se la atribuí a un director que puede o no ser violador de jovencitas —por las dudas, debería escribir lo que recuerdo de ella, porque si en verdad no existe más que en mi mente, el próximo Óscar podría ser mío—. ¿Pero una banda entera, su trayectoria, letras y acordes?

La esperanza de hoy tuvo cara redonda y lentes de pasta, tan gruesos que podías quemar una hormiga si los usabas igual que una lupa. Mi compañero, sentado junto a mi escritorio, ya estaba empezando su trabajo de números, gráficas y porcentajes. Es tan divertido como una fórmula de promedios. Como yo de la suya, se defiende de mi presencia con unos audífonos tan anchos como sus micas. No me esforcé en sonreír ni en inventar un pretexto, simplemente le quité los audífonos y le dije a la cara The Smiths. ¿Qué?, respondió arrebatándome su armadura, estoy ocupado. Miré al hipster de la oficina, que recargaba su patineta súper desarrollada en un muro. ¡The Smiths!, le grité. Me miró confundido. ¡Morrissey! Estático. «Panic», «How soon is now», «Suedehead», le enumeré. Sin responderme nada, decidió ir directo a la cocina para esconderse bajo el pretexto del primer café del día.

Le mandé un mensaje a uno de mis Bien Intencionados, el pequeño grupo de amigos que han intentado proveerme de soluciones para mi

tristeza postausente. Tampoco sabía nada de The Smiths, mejor me invitó una cerveza la próxima semana.

¿Y si la próxima semana ya no hay cerveza?

3 de diciembre

Si algo está roto, es porque antes estuvo entero.

Hoy he decidido ir a la casa del Ausente, a la de sus padres, y aclarar todo. Les pediré su teléfono o un correo electrónico que no me regrese un mensaje de que no existe, y todo tendrá respuestas. Si a mí me pasa, seguro también a él.

11 de noviembre

Yo tuve un par de Doctor Martens usadas.

Si al nombrar algo lo hacemos presente, también debe funcionar para hacerlo desaparecer. Creo que hoy podré hacerlo sin regresar mis pasos para deshacerlo. Mis Bien Intencionados tienen razón: si quiero dejar atrás el recuerdo del Ausente y recobrar el sueño de una vez por todas, debo empezar a decirle adiós a lo que me recuerda a él.

Él me regaló un par de Doctor Martens usadas. Las compró en un mercado de pulgas de Texas, en una calurosa tarde de junio, por diez dólares. No sé si planeaba dármelas a mí desde el principio, pero cuando me las entregó no me importó que fueran de segunda mano, o que ya tuviera las puntas un poco desgastadas. Ellas fueron mis primeras Doctor originales, así que fue lo único en que me concentré. Y desde que él decidió irse, es lo único en que he pensado cuando las veo inmóviles junto a mi cama, cuando enciendo un cigarrillo e intento fumarlo distraída, pero siempre vuelvo la mirada a las botas y me imagino mil finales distintos.

Así que hoy me armé de valor, las tomé de las agujetas a punto de partirse y les di una última inspección. Más bien oportunidad. Quería que me demostraran que aún tienen un propósito y que puedo aprovecharlas un poco más. Pero no cooperaron: las suelas seguían igual de desgastadas, sobre todo hacia adentro. Eran dos cuñas que hacían incómodo dar más de diez pasos con ellas. Los pliegues en donde se doblaban al final del empeine ya estaban rotos, permitían la entrada de pequeñas piedras en días secos, y del agua cuando llovía.

Las puntas y talones, además, estaban raspados como la lámina del auto de un conductor que confunde sus dimensiones cada vez que intenta estacionarlo. Es decir: no.

No han pasado las primeras 24 horas, y sé que el recolector de basura no hará su visita hasta mañana temprano. Por eso es mejor que las imagine ya lejos de mi alcance, no bajo el árbol donde las puse, y escribo estas líneas para recordarme que, sí, esas eran mis botas favoritas. No porque hayan ido conmigo a Praga o Polonia, sino porque me las regaló él. De segunda mano. Y quizá por equivocación. Pero, maldita sea, fueron mis primeras Doctor Martens y verlas me recordaba lo bueno, solo lo bueno, que tuve cuando lo forcé a estar a mi lado.

21 de noviembre

El Ausente me heredó un par de Doctor Martens usadas —como su cariño—, una cicatriz en el dorso de mi mano y la habilidad de andar en bicicleta. A la par, yo le atribuí una listita de cosas que me transportaban a él, a pesar de que él no lo hubiera planeado así. Annie Hall era una de esas. La compré en DVD luego de que la viéramos por cable un fin de semana largo en el que comenzaba a ponerle decoraciones a nuestra relación para sentirla más real, pues eso de vernos a escondidas siempre me resultó amargo. Así que decidí que la comedia romántica por antonomasia iba a recordarme a la seguridad de saberme en sus brazos, a veces sí-a veces no. Por eso quería verla hoy. Al abrir la puerta, el Gato Nuevo se me acercó, lo abracé y me dirigí al mueble de las películas. Luego a los libreros. Bajé al gato y busqué en mi cuarto, el clóset, el baño, detrás de los sillones, los gabinetes de la cocina y, patadas de ahogado, en el arenero del minino.

Nada. No Annie Hall.

Era tan mezquino que pensé que se la habría llevado entre las dos cosas que había dejado conmigo. Eché un ojo, de nuevo, al mueble de las películas y descubrí que no había espacio vacío que delatara la ausencia de un DVD. Por suerte, soy un poco quisquillosa con los discos, los libros y las películas: tengo un Excel con la relación de todo lo que poseo en ese departamento, para saber si lo presto, si lo tengo, si lo pierdo.

Abrí la computadora, ingresé al archivo y repasé las columnas. Ni siquiera estaba el título. Busqué manualmente casilla por casilla.

Luego con el buscador seleccioné el nombre del director —Woody; nada—, apellido de director —Allen; nada—, año de producción —1977; nada—, nombres de protagonistas —Woody Allen, Diane Keaton; de nuevo, nada—, y así con los demás rubros: productora, Óscares (nominaciones y ganados), año de compra (2004)… Ahí estaban Manhattan, Interiores, Match Point, Poderosa Afrodita; pero no Annie Hall.

Hasta que me armé de valor y me metí a Google. Luego a Internet Movie Database. Wikipedia. Reddit. Estúpido guango Bing. Finalmente, a la base de noticias de periódicos. Nada. Como si Allen jamás la hubiera filmado.

Cuando sientes que estás perdiendo la cabeza no es suficiente con experimentarlo desde la propia piel, alguien más debe reafirmarlo. ¿A quién iba a preguntarle? Al Ausente, claro está. Pero su número no existe en mi teléfono, ni en mi memoria. ¿Quién se aprende teléfonos desde el 2001? Para eso están las máquinas. Hoy me arrepiento de haberle confiado a un dispositivo mis datos. ¿Así será cuando inicie la guerra contra los robots?

26 de noviembre

La cerveza todavía existe, así que ya es algo.

12 de noviembre

Sin pronóstico que lo apoyara o signos en el cielo, una inesperada tormenta me despertó en la madrugada. Hacía un mes que no llovía. No hubo viento premonitorio, cúmulos naranja que pudieran verse a la distancia o relámpagos con show telonero. El ruido del agua que caía en la habitación me despertó. Jamás había sentido que la lluvia fuera tan agresiva, y mientras cerraba la ventana sin lograr mantener la seca integridad de mi pijama, de los libros del escritorio y el librero que descansa en ese muro, me imaginé que solo estaba ahí para interrumpir mi primer buen sueño desde no sé cuántas semanas.

A la mañana siguiente, ya que la lluvia se había marchado, le di una inspección a la calle desde el tercer piso de mi departamento. Hojas, todavía verdes, habían sido arrancadas de los naranjos por el viento, y aunque no había inundación, el agua no podía desaparecer por las

coladeras tapadas por basura, ramas, naranjas y andrajos de una madrugada que tampoco esperaba la violencia.

20 de noviembre

Yo tuve un par de Doctor Martens y el Bar del Barrio era mi hogar.

Ahora, no tengo a ninguno. Sé qué le pasó a las primeras, pero nadie sabe decirme qué ocurre con el segundo. Esta semana, en el trabajo, quise iniciar una conversación al respecto. Si no fuera por la interesante vida de mis compañeros, tal vez habría recogido frutos. Pero no. La plática se rigió por nuevos New Balance, nuevos restaurantes, nuevos viajes, prospectos de vivienda, visitas de amores extranjeros, fotografías espectaculares en Instagram de objetos mundanos: el patrón de un mosaico, la M perfecta de un anuncio luminoso de un súper mercado, el adorable perro de alguien. Y yo queriendo hablar de un sitio que, de un día a otro, se transformó en una vulcanizadora sin que nadie me avisara que me había quedado sin verdadera casa.

27 de noviembre

He descubierto que mi confusión le ha cedido el paso al miedo.

No he querido hablar del asunto con nadie, pues cuando lo intenté me miraron con un dejo de lástima. Tampoco entendieron nada.

Pero si no lo pongo aquí, es posible que yo tampoco lo crea y, por lo tanto, lo olvide con el paso de los días.

El Gato Nuevo se quedó sin croquetas, así que fui a comprarle una bolsa hace rato. Y en la veterinaria, entre los anaqueles de la comida para conejo, vi a uno de esos amigos sin nombre del Bar del Barrio. Lo reconocí de inmediato por el peinado y su eterna playera de Slayer, era él sin duda, y sé que usé todas mis fuerzas para controlarme. También sé que fue inútil y lo miré de manera intensa, como si absorbiera toda su presencia, que me aseguraba que aquel tiempo que ya no estaba sí había existido, que yo estuve ahí y que él podría probarlo. Yo, en un extremo, abrazaba una bolsa de tres kilos de croquetas con tanta fuerza que se escuchaban crujir por todo el lugar. Y el Fan de Slayer, aplastado bajo la fuerza de mis dos pupilas, se sintió tan incómodo como un roedor bajo escrutinio. Se apresuró a pagar la conejina, pero tuvo que sufrir el paso del destino, que eligió ese instante para que la encargada tuviera que investigar el precio en

una libreta de contador tan grande que apenas cabía en el mostrador.

Me atreví. Carraspeé para limpiarme la garganta y toqué su hombro para que me mirara. Giró sobre sus talones y lo vi pasar el trago de saliva más grande, espeso y necio de la historia. ¿Sabes qué le pasó al Bar del Barrio? Su cara de interrogación me transmitió el NOSÉDEQUÉHABLAS más honesto que haya percibido, y desistí de continuar con las preguntas, para ahorrarme otra sesión contra el muro de la incertidumbre. Lo dejé ir, prácticamente corriendo, sin esperar por su cambio pero encaminado a refugiarse, pensé, en la compañía de un conejo o dos que lo recibirían con la calma del mutismo esponjado.

4 de diciembre

Fue una sensación revuelta. Es decir, dos cosas en una. Yo, en la bicicleta, al filo de la tarde, rumbo a la casa de sus padres, recordando eso que sentía cuando lo visitaba ahí.

Como ejercicio, como método de supervivencia, hice notas mentales de todos los lugares familiares de la colonia otrora tan frecuentada: ahí se pone el de los tacos que me gustaban, allá vive una de sus tías, a la vuelta perdí un arete cuando me dio un beso intempestivo aquella noche, en esa cuadra me enseñó a andar en bicicleta en contra de mi voluntad.

Y la casa amarilla ahí estaba, justo donde la había dejado cuando tuvimos la última pelea. El guayabo de la entrada estaba cargado de frutas, un casi inaudito, pues a la madre del Ausente le encantaba hacer agua fresca con ellas cada vez que había oportunidad. Pero aunque el vecino aficionado a las motocicletas seguía acaparando la banqueta de la cuadra igual que antes, el hogar del Ausente estaba deshabitado. O eso demostraban las ventanas ciegas, la reja cerrada con candado oxidado y la basura que inundaba la cochera, a la vista desde donde estaba. Bajé de la bicicleta, tenía que verlo más de cerca.

Todavía podía ver hacia dentro, no había cortinas. Ni muebles. El jardín trasero, que se asomaba desde el fondo si me agachaba lo suficiente, estaba lleno de hierbas malas. Tardé un buen rato en darme cuenta de que había un letrero que anunciaba la propiedad en renta. O, al menos, EN RE TA, pues estaba tan gastado, que no estaba ya completo.

¿En qué momento todo lo que era dejó de ser?

Quise huir de ahí. Temía que adentro hubiera un monstruo que me tomara del cuello y me convirtiera en el olvido de alguien más, al diablo con el Ausente. Me subí a la bicicleta y quise arrancar, pero me

caí. Me puse de pie para intentarlo de nuevo, no lo logré. Ni una pedaleada. La misma bicicleta en la que fui sin pensarlo, ya no me funcionó. Era como cuando me enseñó a usarla: asustadiza, inestable, estúpida.

¿Así empieza el Alzheimer, cuando desaparecen The Smiths, una película, la habilidad de andar en bicicleta de un segundo a otro?

Le marqué a una amiga para que me recogiera. Le dije que estaba en casa de los padres del Ausente. ¿Dónde? No quise discutir, le envié la ubicación. Llegó 20 minutos después.

Acomodamos la bicicleta en su cajuela, como pudimos, y me llevó de regreso a casa. ¿Qué tal si nos echamos esas cervezas que te prometí hace una semana? Que prometiste hace tres, la corregí. Como sea, ya estás grande para andar en bici; cómprate un auto.

Medio confundida y, quizá aliviada, me dejé llevar por ella. Atrás dejaba el vecindario donde pasé más tiempo en cinco años que en mi propia casa. Atrás quedó la cuadra donde me enseñó algo en contra de mi voluntad; la esquina donde perdí otra cosa cuando me dio un ¿beso? aquella noche; la casa donde vive —¿vivía?— un familiar suyo; donde se pone el de los tacos que creo que me gustaban…

28 de noviembre

Yo tuve un par de Doctor Martens, un DVD de Annie Hall, un gato y un bar al que llamaba casa.

Nadie parece recordarlo, excepto yo.

Enero

El Gato Nuevo salió de casa y no ha regresado en una semana. Mi sospecha es que está allá, donde debe estar la vida que ya no tengo desde que él se fue. Al fin y al cabo, el gato me lo regaló él cuando se murió el primero. Mi temor más grande es si también me olvidaré del color de su pelaje y su cola esponjosa, pues desde que me atreví a tirar las botas ya casi no recuerdo el olor de su cuerpo, la textura de su cabello o el color exacto de sus ojos. ¿Eran café oscuro, eran miel? No encuentro sus fotos y, vaya, mi celular se ha extraviado. Era la última máquina del tiempo que tenía para ir a lo que quedaba de él. Seguro mañana olvido su nombre. Ayer me desperté de madrugada, con un sentimiento de expectativa en la boca del estómago. Fui al baño y, no sé por qué, el espejo captó mi atención. Me miré el torso desnudo e inspeccioné detenidamente. Vi los lunares que ya me sé de memoria y, de manera instintiva, los toqué uno a uno. Hasta que llegué al que se encuentra en mi seno derecho. Ese fue el primer punto en el que él me besó, la primera vez que estuvimos juntos. Hundí el dedo un poco, sentí una protuberancia. Yo sé que es el despojo final de aquella vida que compartimos. No fue buena, realmente, así que el vestigio no podría ser mejor. Pero es lo que me queda y no voy a equivocarme otra vez. No voy a extirparlo.

¿Qué esperan que haga? ¿Que empiece otra vida de nuevo?

15 de diciembre

Hoy tuve tres segundos de esperanza: los amigos del Ausente.

Todo se derrumbó en menos tiempo cuando no logré localizarlos en Facebook, ni por teléfono, correo o por la calle. Al buscarlos en los lugares que antes frecuentábamos, no encontré el camino, no reconocí fachadas, las calles ya no tienen nombre. Intenté gritar el de ellos, por si pasaban por ahí y lo escuchaban, pero no había nadie alrededor. ¿No es algo raro, que ya nadie me busca, que la noche está más quieta que antes y sigo pensando si todo eso que había antes no es más que un invento mío?

¿Será que el mundo entero empezó a transformarse, pero no me dio oportunidad de participar también?

Soy el último vestigio.

ESTÁTICA

Existo porque hay alguien que me sueña.

GIOVANNI PAPINI

La salida de la estación del subterráneo desembocaba a unas cuantas cuadras del edificio Nothomb, esa vieja y eterna construcción, tan vieja que muchos pensaban que ya estaba ahí antes de que se construyera la ciudad. Reina una sensación de quietud en el centro, en donde el tiempo pasa por inercia y nadie se da cuenta, pues nada cambia, nada crece. Foster, concentrado en las grietas del pavimento, emergió de la estación sin reparar en los muros medio caídos, la ausencia de perros vagabundos o la curiosa manera en que el aire se volvía algo casi sólido en cada bocanada que daba. En su mente, bailaban las preguntas con las que iba a acribillar al casero del Nothomb en cuanto le mostrara su placa recién lustrada.

El edificio se alzaba incólume entre estructuras más pequeñas. Las ventanas eran ojos ciegos que no le daban mucho paso a la luz, que al igual que en el resto de la colonia, no se movía.

Foster sacó de su bolsillo un pañuelo para envolverse la mano derecha antes de llamar a la puerta principal y, así, le dio tres golpes. Silencio. Estaba a punto de insistir cuando el rechinido de una bisagra herrumbrosa rompió con la calma casi sagrada; pasos lentos, sonoros, como el gotear de un grifo oxidado, comenzaron a acercarse. Un hombre pálido y doblado como árbol torcido abrió la puerta e hizo una mueca al ser encandilado por la placa con la que Foster identificó su tarea, su cargo y su torpe autoridad nerviosa. De pie en el vestíbulo, no había luz natural que le permitiera distinguir los muros o la extensión de las escaleras que ascendían en caracol silencioso. Por lo que Foster podía ver, ahí adentro se encontraba la Nada. Un par de velas a punto de consumirse, que colgaban de un candil antiquísimo,

apenas dibujaban las facciones de los dos hombres que en ese momento parecían los únicos en el mundo; sin embargo, solo a los ojos del intruso le añadían unas cuantas chispas. Sin que el hombre se lo pidiera, Foster le explicó las causas de su entrevista y la importancia de que el casero diera toda la información sobre una tal Luisa B., la cual había vivido en un departamento del Nothomb. Sin pestañear siquiera ni enderezar la línea de su boca, el hombre dejó que el otro hablara. Cuando al fin éste hizo una pausa para permitirle intervenir, el segundo le dijo que había sido el intendente desde hacía quién sabe cuánto tiempo y que no tenía idea de quién era Luisa V. Luisa B., lo corrigió Foster. Su interlocutor encogió los hombros para dejar en claro que el apellido era lo de menos, ya que él no conocía a ninguno de los inquilinos y no mantenía contacto con nadie que entrara o saliera de ahí. Foster era un acontecimiento inédito.

Decepcionado, Foster abandonó la penumbra del edificio y tuvo que esperar unos segundos junto a la puerta, que pareció sellarse tras de él, para acostumbrarse a la blanquecina luz del sol, antes de emprender el viaje de regreso a la estación de policía. Evitó pisar las grietas en el concreto cuando bajó al subterráneo y solo puso pie en los escalones impares, mientras intentaba imaginar lo que tendría que hacer a continuación. Se distrajo un poco encontrando erratas y faltas ortográficas en los anuncios del vagón, así que perdió la estación donde debía bajar.

Con el ceño fruncido, el comandante Mendoza recibió las noticias de su subordinado, Foster, mientras bebía café. Sobre su escritorio estaba una carpeta, lista para alimentarse de conjeturas y supuestos, con una flamante etiqueta en la que se leía 5923-A. Pero los documentos que podrían hincharla para resolver el caso de Luisa B. y Andrés P. no llegaban de manera sencilla.

Sentado en un pequeño pupitre, Foster se inclinó hasta tocar con la nariz el bloc de notas que siempre llevaba con él. Su mano dirigía la punta bien afilada del lápiz y con una caligrafía simétrica, redonda y diminuta, anotó lo que hasta ese instante sabía:

Grupo de ciclistas encuentra Renault verde *79* junto a la carretera Punto Una mujer y un hombre en asientos delanteros no responden a los llamados del grupo de ciclistas Punto Una manguera color naranja conecta al escape del Renault *79* con la cabina en la que la mujer y el hombre ocupaban los asientos delanteros del Renault verde *79* encontrado junto a la carretera por un grupo de ciclistas Punto

El comandante salió de su oficina para informar a Foster que el

caso sería cerrado por falta de evidencia que pudiera contradecir un suicidio pasional. Foster no respondió, aunque un retortijón en el estómago casi lo impulsa a contradecir a su jefe, quien ya daba la orden de llevar al hermano de Andrés P. a la morgue para que lo identificara. Foster sospechaba que las conclusiones todavía no estaban maduras. Aun así, obedeció.

Transcurrió una semana más y nadie reclamó el cuerpo de Luisa B., por lo que se inició el trámite para enterrarlo en la fosa común. Su fecha de nacimiento no pudo ser determinada, así que solo el año del deceso y su nombre figuraron en los papeles que se añadieron a su carpeta. Foster revisó en su bloc:

Nombre de la mujer Dos puntos Luisa B Punto Nombre de la mujer se deduce de las cartas encontradas en su bolso Punto Bolso encontrado en el asiento trasero del Renault verde *79* encontrado junto a la carretera por un grupo de ciclistas Punto Nota Dos puntos Cartas dirigidas a Luisa B con firma de Andrés P Punto Paréntesis Edificio Nothomb Paréntesis Punto

A Foster se le encomendó archivar la carpeta del caso. Se sumaron las fotografías que los peritos tomaron cuando los dos cuerpos fueron entregados a la morgue, una serie de instantáneas que insinuaban que al menos una de las impresiones de Luisa se hizo para el morbo de los especialistas. Foster podía jurar que faltaba un par de fotos que se concentraban en los senos breves y el vello discreto de su pubis; lo lamentó. En las que se quedaron para los expedientes, tanto Luisa como Andrés lucían como esos niños que fingen dormir para hacer travesuras en cuanto los adultos cierran la puerta. El subordinado contuvo la respiración al examinar por última vez las fotos de la mujer, pues de pronto, como si no la hubiera conocido inerte dentro de un coche viejo, le pareció que irradiaba vida, a pesar de que tenía la palidez del casero del Nothomb. Debía ser el equivalente del color deslavado de una pintura que, luego de recibir mucha luz del sol, comienza a marchitarse en un rincón que se ignora para no tropezarse de noche.

En las conclusiones mecanografiadas por el comandante, Foster pudo leer suicidio pasional, además de un centenar de atropellos gramaticales y ortográficos. Sintió de nuevo el retortijón. Entonces tomó la carpeta y la ocultó entre los pliegues del saco. Nadie de la jefatura notó que se escabullía con documentos propiedad del gobierno.

En el Nothomb, el intendente no puso atención, o no le importó, cuando unos pasos ligeros se deslizaron por la escalera de caracol, llegaron a la puerta principal, se detuvieron y desaparecieron de inmediato cuando cruzaron el umbral, justo cuando las turbinas de un avión que volaba bajo rayaron el cielo.

En la jefatura, todos se mantenían perdidos entre el timbre de los teléfonos, las voces de decenas de agentes que tenían una conversación diferente de escritorio en escritorio y las tazas de café quemado. Así que tampoco notaron cuando los mismos pies deslizantes se escabulleron hasta el pequeño pupitre de Foster. Tampoco nadie vio que una extraña urgaba entre los cajones y papeles del subordinado de Mendoza, o que la misma mujer salía tal como entró, ligera, con una dirección anotada en un pedazo de papel. A la salida de la jefatura, Luisa entornó los ojos cuando el reflejo del sol en la ventana de un taxi se le metió por las pupilas sin permiso.

El departamento de Foster era la repetición exacta de otros departamentos encajonados en una serie de edificios cortos, de color azul grisáceo, que formaban una hilera que cortaba la vista al horizonte. Una calle bajaba en una inclinación aguda hacia las casas, pero una curva hacia la izquierda, ahí casi por milagro, desviaba el tráfico antes de que algún vehículo pudiera subirse a la banqueta y se estrellara contra la puerta de vidrio. Sin embargo, esto no impedía que en temporada de lluvias el asfalto se convirtiera en un río inmisericorde, que igual arrastraba basura, náufragos de papel o pequeños gatos. En el tercer piso, la ventana desnuda de la sala-habitación de Foster enmarcaba la vista hacia la pronunciada subida de la calle. Y en el muro, junto a ese agujero pelón, el investigador abrió una ventana más pequeña cuando encajó una de las Polaroid de Luisa B. que le tomaron todavía sentada dentro del Renault 79, como si fuera la copiloto dormida que no se mantiene despierta antes de que su acompañante tome la desviación equivocada y se alejen más del destino planeado.

En los cajones de su escritorio, el cual era una réplica exacta del de Mendoza, clasificó la información de Andrés P. y Luisa B., según su naturaleza y orden alfabético. La de la mujer apenas pudo medio llenar una carpeta que contenía las cartas y el resto de las fotografías, en contraste con la bien documentada historia del maestro de geografía que se enamoró de ella. En el archivo de Andrés se encontraban copias y originales de su acta de nacimiento, autopsia, constancia de estudios, la nómina de la preparatoria; había además un

par de cintas con grabaciones de las entrevistas hechas a conocidos y parientes, quienes negaron la presencia de Luisa en la vida del recién fallecido. Una porción del ruido que su existencia generó se amontonaba entre notas ilegibles, tarjetas de presentación, declaraciones y retratos viejos. Pero con Luisa, solo había silencio e interrogantes. Ni firmas, ni referencias, ni gente, ni nada en el registro civil.

Foster escribió en su bloc, con su caligrafía de concurso de primaria:

Mañana a Biblioteca del Estado Punto Archivo Histórico Dos puntos Luisa B Punto

Esa noche comenzaron los sueños en los que Luisa se hizo protagonista. Fue una jornada inquieta que lo obligaba a mantener los ojos abiertos y a mirar por la ventana, recostado en el único sillón de su casa. Cubierto con una manta perfectamente doblada en dos, temía que una figura lánguida se le apareciera caminando por la calle, en la parte más alta, desde donde los autos aparentaban dejarse caer en una picada kamikaze. Pero la madrugada moría sin novedades y la mañana se extendía por el insomnio de Foster hasta hacerlo sentir aliviado. Luego de un baño a conciencia y el ritual de desarrugar la ropa del día, le dirigió una mirada a la foto de Luisa antes de tomar su bloc y salir hacia el Archivo Histórico.

Evitando tocar un par de baldosas cuarteadas, entró al edificio sin saludar al guardia y se enfiló hacia el Archivo Histórico en donde se dedicaría, el tiempo que fuera necesario, a rascar entre periódicos viejos y documentos olvidados: algo que lo guiara hacia Luisa B., porque no había manera de que una persona no fuera ni un susurro en los registros. Foster, distraído, dejaba caer su mirada sobre el lomo de algún ejemplar que apenas captaba el color de la cubierta o la tipografía de los títulos. El ritmo de sus pasos se vio interrumpido cuando, entre un libro y otro, se topó con un par de ojos que le resultaron horriblemente familiares. Estuvo a punto de darle la vuelta al estante para encontrarse de frente a la percha de esas ventanas oscuras, pero un libro que fue insertado de manera súbita le hizo creer que había sido un espejismo.

Se dio permiso de sentirse absurdo, dejó pasar el episodio y se puso a trabajar. Sin embargo, cuando oscurecía, de regreso a su departamento, volvió a encontrar los mismos ojos cuando la calle se inundó con la gente y su escándalo. Quiso anotar en su bloc Nota Dos puntos Estás perdiendo la cabeza Punto

Apenas había introducido la llave a la chapa cuando el teléfono dio el último timbrazo. Foster pensó que sería de la jefatura, que querían recuperar esa carpeta robada. De pie en la entrada, su mente se adelantó, arrancó al aparato de raíz y dejó al descubierto los cables que lo conectaban a los que querrían hablarle y exigirle algo muerto. Pero no. El teléfono timbró de nuevo y la inercia pudo actuar implacable sobre Foster. Del otro lado de la línea alguien le dijo: «Voy a tocar a tu puerta». Ni siquiera había colgado cuando la predicción se hizo realidad.

Antes de que hubiera abierto por completo la puerta, Luisa ya estaba dentro del departamento del subordinado del comandante. Se tomó unos segundos para mirarse con indiferencia, encajada en el muro de la casa de aquel extraño.

Foster, incapaz de hablar, escuchó las claras palabras de Luisa, que después, él mismo, registró en su bloc: Deja de pensar en mí Punto

Algunas semanas se deslizaron en calma muda, que no anticipaba nada, sin que Foster cumpliera un solo día la orden de quien todos daban por muerta. Excepto Foster. Tal vez, por ser el único que sabía la verdad, debía ser quien la esparciera: que el caso había sido asesinato, no suicidio; que Luisa no existió; que todo lo que sabían de Andrés era lo menos importante. Foster se dirigió rápidamente al teléfono para informar a su superior. Dentro de su cabeza, durante el tiempo que se gastó entre el sillón y el escritorio, construyó las palabras con las que tendría que convencer al comandante, primero para que le pusiera atención, luego para que no pensara que estaba inventando una teoría descabellada para conseguir un ascenso.

Cuando el auricular le dio tono de marcar, una voz que no llegó de los cables del teléfono ni de sus recuerdos, le repitió la frase que días antes había anotado cuidadosamente, justo después de haberla escuchado de la misma boca que en ese instante se la decía una vez más. Luisa lo tomó de la mano y supo lo que era el frío añejo al que sobreviven los enormes icebergs que flotan insurrectos hacia aguas más tibias para sentir el alivio del calor, aunque esto signifique su propia muerte. Los ojos de ella lo observaron con paciencia mientras Foster se daba cuenta de que en sus venas los caudales de sangre detenían su camino de ida y vuelta al corazón, el cual pausaba sus latidos poco a poco. Los pulmones no alcanzaban a llenarse de aire y, por un instante, el miedo se tradujo en plena consciencia y entendió todo lo que sucedía y lo que le había pasado a Luisa, una y otra vez, desde hace tanto tiempo. Sin embargo, algo en su interior le dijo que él no podría ser su salvador tampoco y a pesar de que deseó acompañarla en su viaje hacia su propia extinción, la absoluta que le

ayudara a moverse en el camino último sin retorno, Foster presintió que ese era el que tomaría él, no ella. El infierno, se dijo, es todo lo que permanece estático, sin cambio, y se llena del polvo de los años mientras todo se desintegra. Excepto uno mismo.

De haber podido, le habría dedicado una última anotación en su libreta con una letra redonda y perfecta: Perdóname Punto.

Los ojos de Foster se convirtieron en las ciegas ventanas del Nothomb. Para el comandante, también este sería un suicidio.

UNA PROMESA

Dreamers, they never learn.

RADIOHEAD, «Daydreaming»

Al cruzar la puerta, Lorenzo dijo: «Olvidé a qué iba a la cafetería», pero nadie le puso atención porque sobre la cama de ese cuarto de hospital, Lorenzo había dado su último aliento y un equipo de enfermeros avanzaba a su cuerpo, todavía tibio, no para intentar, sino para fingir que intentarían algo que trajera de vuelta a un hombre de 80 años, atestado de cáncer.

La sorpresa lo hizo retroceder hacia el pasillo, donde se topó de espaldas con un hombre que le sonreía amablemente. Le pareció extrañamente familiar, aunque no se atrevió a saludarlo o pronunciar su nombre, pues el momento lo sobrepasaba. El otro pareció entender su estado, pues le puso una mano sobre el hombro, del mismo modo en que un mentor lo hace con un pupilo recién llegado. «Vámonos, porque ya deberías empezar a cumplir tu promesa».

Sin pensar, Lorenzo siguió a su nuevo amigo hacia una puerta de emergencia. Bajó las escaleras sin decir palabra; su guía le devolvía el rostro en señal de complicidad —¿de qué o para qué?— y se detuvieron justo al salir al estacionamiento trasero del hospital. Los ojos le dolieron con la luz del sol, y su calor le recordó que llevaba solo su bata, con las nalgas descubiertas. «No te preocupes, nadie se dará cuenta». Entonces Lorenzo se atrevió a preguntar en voz alta a dónde iban con tanta prisa. Le respondió que él tenía la respuesta y, según lo que dijera, él se encargaría de llevarlo a su destino. «Los fantasmas», le confesó, «tienen una memoria muy extraña. Por eso los dejamos recuperarla a su propio ritmo». Y renovó la marcha.

Atrás de él iba siempre Lorenzo, obediente pero confundido, ya sin miedo porque se sabía muerto. Sin la posibilidad de perder la vida, ya

no hay nada que se sienta una amenaza. Si recordara la existencia que acaba de abandonar, seguro haría todas esas cosas que no se había atrevido, como saltar de un edificio, fumar hasta el último día en que latió su corazón o, quién sabe, endeudarse tanto que se convirtiera en una leyenda de los buró de crédito. «Dicen que contrató veinte tarjetas y las sobregiró todas en viajes y mujerzuelas». Pero no. Simplemente caminaba tras la estela de aquel desconocido, que quién sabe si era muerto, fantasma, vivo o, incluso, él mismo.

Cruzaron otra puerta de emergencia de un edificio adyacente y, en lugar de encontrarse en su interior, Lorenzo descubrió un estacionamiento público de varios pisos. De hecho, estaban en un tercer nivel; la parte noreste de la ciudad estaba iluminada por la luz de un invierno insípido, casi imperceptible. «¿Vamos por tu auto?», quiso saber. «Claro que no», le contestó. Lo miró mejor: llevaba puesto unos pantalones de mezclilla, tenis blancos, una camisa azul claro y un saco café oscuro. Era el hombre más normal de la historia, y debía tener menos de la mitad de su edad, aunque lo sentía más viejo, por seguro y, quizá, sabio. «¿Ya sabes quién soy?», le dijo antes de abrir una puerta del estacionamiento que parecía un armario. Lorenzo se quedó mudo cuando cruzó el umbral.

Ya estaban en el interior de una casa alfombrada, llena de ruidos: una olla con caldo hirviendo, un perro que ladraba desde el patio trasero y una mujer hablando por teléfono. No conocía a nadie y tampoco se explicaba por qué detrás de una diminuta puerta hay una casa entera, con libreros, escaleras, gente y, por Dios, un patio trasero. «Tú», quiso detener a su acompañante sujetándolo de un brazo, «te he visto en otro lado, pero hace mucho tiempo». Sonrió, de nuevo. Se estaba desesperando de esas respuestas en silencio. Abrió otra puerta, que parecía llevar a un baño. Por supuesto, no lo era.

Entraron a una lavandería pública. La recorrieron de una esquina a otra, pasaron junto a un tipo que luchaba entre doblar la ropa y controlar a su hija pequeña. Las secadoras industriales giraban de forma monótona, y Lorenzo se quedó hipnotizado cuando reconoció el patrón de un vestido que se revolvía con el resto mientras el ciclo de secado los mantenía en movimiento: flores rojas se escondían detrás de una horda de calcetines, toallas y sábanas; resurgían de nuevo. Estampadas sobre un fondo blanco, le bailaban a Lorenzo como provocándolo. Vamos, sí nos recuerdas, míranos, míranos de nuevo. Hasta que el otro lo interrumpió: «Sigue avanzando». Se detuvieron ante la entrada de una oficina pequeña, abrieron la puerta y siguieron caminando.

Estaban dentro de una escuela. Los salones se alineaban uno frente

al otro, como en el hospital donde Lorenzo había muerto. La diferencia era que había mucha vida: niños y jóvenes hablaban al mismo tiempo entre los pocos que guardaban silencio, incómodos, en uno de los pupitres del fondo, a pesar de los esfuerzos de sus profesores para retener su atención. «¿Cómo va tu memoria?», quiso saber el de pantalones de mezclilla. Quizá debió haber tomado un par para él de la lavandería, pensó Lorenzo, pero antes de sugerir regresar notó otra cosa en su amigo: su sonrisa era grande, como de anfitrión esmerado, y sus ojos se abrían mucho cuando quería saber algo de él. La amplitud de su frente le firmó el recuerdo. «¡Seinfeld!», le gritó. El interpelado se detuvo e hizo una pose que decía ¿qué te parece? «Pero, ¡estás tan joven!». Seinfeld recuperó su postura e, invitándolo a seguir, le dijo: «Ya te dije que ustedes tienen una memoria muy curiosa, los fantasmas. Tenía que tomar una figura que reconocieras fácilmente». Lorenzo lo miró con mucha atención, fascinado. «A fin de cuentas, no siempre es posible adoptar la forma de sir Isaac Newton o el Coronel Klink», y le guiñó un ojo.

Subieron unas escaleras y, antes de empujar la puerta de un laboratorio, Jerry insistió: «¿Y bien?». «Oh, recordé que cuando cumplí ocho años, mi madre me llevó a un balneario en las afueras de la ciudad. Tomamos un autobús destartalado, y junto a mi asiento había una mujer que llevaba un vestido blanco, sembrado de grandes flores rojas. No sé por qué, se me grabó». «Vas bien», dijo el otro, satisfecho. Cruzaron la puerta juntos.

Ahora todo era un parque y estaba anocheciendo. No había mosquitos, solo un montón de chiquillos resistiéndose al llamado de los adultos que los convocaban a cenar, a hacer la tarea o, Dios sabrá, perder tiempo de infancia en cosas que en un futuro no les harán falta. Lorenzo no sabía si en ese abrir y cerrar puertas, en todos los cambios de escenario, habría también un cambio de latitud. Podrían estar en una ciudad distinta, era lo mismo: no reconocía el paisaje, pero cómo lo disfrutaba. Jerry lo invitó a sentarse en una banca, junto a una anciana que insistía en alimentar a las palomas con granos de arroz crudo. «Los asesinos seriales a veces ni se dan cuenta que lo son», afirmó el comediante señalando a la compañera involuntaria, «lo bueno es que las palomas ya no son tan estúpidas». El frío metal del asiento se le encajó en las nalgas a Lorenzo. Envidió los pantalones noventeros del otro, mas no se atrevió a pedir un intercambio. Ya estaba muerto, qué importancia tenía. Miraron hacia el mismo punto, sin proponérselo. Una joven se acercó a los juegos donde gritaban los niños. Llevaba a su perro, un labrador obeso, sujeto de una correa que nunca se tensaba. Su peso no le dejaba correr mucho, aunque sí se

emocionaba con los movimientos de los mocosos y las pelotas de colores que volaban. La chica se sacudía los pies después de cada paso: llevar sandalias a un parque, en invierno —insípido o no, invierno— no era la mejor de las ideas, pero intentó compensar el error de juicio con pantalones de lana y una sudadera gruesa. ¿Era domingo? Porque su desfachatez así lo sugería: atuendo de no-me-he-bañado-en-treinta-y-seis-horas-así-que-jódete, un moño en su cabello que apenas sostenía una melena enredada, naranja y rizada. Y ahí estaban sus pecas, descaradas, sin intención de esconderse de nadie.

Lorenzo se descubrió perdiendo la mirada. Cuando Jerry lo sacudió para regresarlo a su ahora, la joven y su perrote ya no estaban. «¿Otro recuerdo?». Oh, sí. Un medio día, cuando trabajaba en la oficina de exportaciones de una empresa de chips de celular, entró al baño justo cuando el resto se peleaba por ganar un buen lugar en la larga fila de la cocina que llevaba al microondas. Mientras el resto acomodaba sus pequeños contenedores de plástico (o vidrio, si era un maldito burgués) en orden frente al horno, Lorenzo entró a uno de los cubículos limpios del fondo a liberar el aire de su estómago. Pero su cuerpo tenía otros planes. Apenas alcanzó a desabrocharse los pantalones y bajar hasta las rodillas su ropa interior, un inmenso, consistente y bien formado excremento se despidió de su colon, en lo que sería la mejor cagada de su vida: sin residuos, sin dolor y con el obsequio de una sensación de ligereza absoluta. Se sintió tan bien, que antes de accionar la palanca se despidió con la mirada y, después de lavarse las manos, caminó con gusto hacia la cocina para contarle a todos el punto alto de su semana. «¿No me lo vas a contar?», dijo Seinfeld al notar el silencio que emanaba de Lorenzo. «Nah, no es importante», contestó. No quiso perder la oportunidad y pensó en preguntarle cuántos autos clásicos alcanzó a coleccionar cuando estaba vivo, pero Seinfeld se le adelantó. «Sí entiendes que en realidad no soy Jerry Seinfeld, solo una figura familiar para ti, ¿verdad?». Lorenzo se ruborizó dos segundos.

Reanudaron su camino. Seinfeld abrió la puerta principal de un edificio de departamentos junto al parque. Juntos entraron a un pequeño recibidor de un consultorio diminuto. Títulos de veterinario colgaban de uno de los muros. Abrieron una puerta que decía «Jaulas» e ingresaron a un camión en movimiento. Ya era de noche, pero Lorenzo no tenía frío, solo curiosidad sobre lo que tendría que pasar para que esta extraña búsqueda terminara. En una esquina se pusieron de pie y bajaron del vehículo por la puerta trasera. Estaban en una biblioteca empolvada, y cuando cruzaron una de sus puertas era un café ocupado por ancianos que jugaban dominó y fumaban puros.

Otra puerta: se escabulleron por tras bambalinas de un teatro en el que había una función de Macbeth. Otra puerta: estaban dentro de un banco, en pleno día y un montón de clientes esperando frente a los cajeros. Otra puerta: un motel de cuarta en el que se escuchaba el coro de gemidos, fingidos y espontáneos, que ignoraba el encargado de hacer los cobros, cuarto por cuarto. Otra puerta: una casa funeraria y la sala donde unas cuantas personas velaban un cuerpo. Lorenzo se asomó al ataúd cuando pasaron junto a él, solo por la posibilidad de que fuera él mismo. No lo era. Otra puerta: el baño en el que una niña cantaba «Por una cabeza» como si se tratara de su abuela, en Argentina, durante los años cuarenta al cobijo de una cantina caliente del barrio. Otra puerta: una casa abandonada. Otra puerta: un escritor en su estudio borra la información de su disco duro mientras se toma el whisky de una botella barata. Otra puerta: la noche. Otra puerta: el día. Otra puerta: la lluvia incontrolable de cualquier otoño. Otra puerta: la indiferencia del mar. Otra puerta: un muro. Jerry lo miró, como disculpándose, y regresaron unos pasos.

Ya no era el mar gris oscuro, sino otra casa. Se encontraban justo al centro de la sala, desde donde podía verse sin problemas la única habitación al fondo, el pequeño jardín detrás de ellos, una cocina breve y ordenada, desde donde un radio reproducía una canción muy, muy vieja. Había carpetitas tejidas a gancho sobre todas las superficies: en las mesitas de café, sobre la televisión, debajo de un millar de figuras de porcelana y sobre el respaldo de los sillones. A Lorenzo le dio un vuelco, si en un fantasma todavía es posible, el corazón. Del baño, que estaba dentro de la recámara, surgió una vieja, seguro de la misma edad que él, de pasos titubeantes. Se sostuvo de los muros, cargados de fotografías, para andar hacia la cocina y prepararse un té de manzanilla. Seinfeld se hizo a un lado para dejarla pasar y porque quería presenciar mejor la escena. Sabía que algo iba a suceder. La anciana apagó el radio, abrió el anaquel donde guardaba las tazas y vio a Lorenzo, de 80 años, de pie en su casa con nada más que una bata de hospital a lunares. Un chillido agudo salió de su garganta, la taza se hizo añicos al chocar contra el piso, el agua ni siquiera empezaba a entibiarse al calor de la estufa. «¿Qué quiere?», preguntó con miedo. «Soy Lorenzo, tu fantasma», dijo. Era algo que debía explicarle. Ese era el tercer y último recuerdo de su vida de vivo.

Lorenzo, entendió, era un fantasma con tres recuerdos recuperados y nada más: el vestido de la desconocida que vio cuando cumplió ocho años, la vez que cagó tan espectacular y espontáneamente —como los gemidos de los orgasmos legítimos— y cuando prometió al amor de su

vida que iba a rondarla si es que moría antes que ella. Ahí estaba, listo para iniciar el trabajo de toda la eternidad, junto a la que le juró querer por siempre. Es que así había sido Lorenzo: le creyó todo a las películas. Así que, desde que tenía once años, al ver sabe cuál título, supo que cuando se enamorara en serio tendría que hacer ese tipo de promesas, quizá porque no era certero que tuviera que hacerle honor a sus palabras, pero era romántico y, siendo honestos, se sentía bien pensar que era posible.

La vieja lo miró con mucha sorpresa. Primero, creyó que iba a morirse en ese momento. Después, al notar que no había hoz en las manos de Lorenzo, quiso procesar lo que acababa de escuchar. No reconocía al octogenario frente a ella, ni su nombre, así que decidió limpiar su pequeño desastre; siempre que quería recuperar la calma o recordar dónde había dejado las llaves, lo lograba con actividades mundanas. Esta ocasión no fue diferente: cuando barrió los pedazos de cerámica, otrora conocidos como taza de florecitas, hacia el recogedor, tuvo una pequeña epifanía. Lorenzo la miraba con expectación; ahí estaba, de vuelta, y no sabía qué hacer a partir de ese punto. «Lorenzo», le dijo, «ya recuerdo». Con un paso seguro, tan distinto de la primera vez que la vio desde que había llegado a su casa, se dirigió a su cuarto y regresó con un anuario en las manos. Lo abrió sobre uno de los sillones para que lo inspeccionara. Le señaló una foto: era él, a sus 16 años, un estudiante flacucho de orejas grandes y bigote incipiente. Lamentó que no se le regresara a la memoria todo lo que pasó en esa época adolescente, una que, eso sí podía afirmarlo, no había conocido Elba. «¡Elba!, por supuesto», recuperó, la esposa que tanto temía extrañar durante la muerte. «No, yo no soy Elba», aclaró la mujer apuntando a otra foto de esa misma página: Lucía. ¿Lucía? ¿Lucía, la rubia de piernas largas que aceptó ser su novia para que la llevara al cine sin pagar, y que luego lo dejó por el mismo patán de toda su vida? ¿Esa Lucía era el amor de su vida? «Bueno, Lorenzo», intervino Seinfeld, «después de todo, fue a ella a la que le regalaste aquel camafeo de tu abuela, el que guardabas para ‹la indicada›».

Lucía tradujo en los ojos de su fantasma que había un terrible error. Lorenzo se aferró a su tercer recuerdo para hacerlo revivir: él, un martes por la tarde, regaba las macetas a medio morir en el borde de la ventana del primer departamento que compartió con Elba, la pelirroja que se vestía siempre como si fuera domingo, y que aquel día preparaba un pan de plátano. Mientras cernía la harina en un refractario, su esposo la miraba con tanto gusto que no pudo contenerse. «Cuando me muera, ya lo decidí», Elba levantó la vista

para ponerle atención, pero no interrumpió su tarea, «si me muero antes que tú, es decir, voy a regresar como fantasma y te voy a seguir viendo como ahora». Ella soltó una risa franca. «Pues a ver si te acuerdas», le dijo, «porque tienes una memoria terrible» y le hizo una caricia con el pie a su labrador gordo.

No esperó a que Seinfeld lo hiciera, él mismo caminó hacia la primera puerta que vio y la abrió. Se frenó otra vez frente a un muro. Regresó. Otra puerta: el mar. Otra puerta: la lluvia; y luego el día, la noche, un escritor arrepentido llorando frente a su computadora y una botella de whisky vacía. Una casa abandonada. Un baño. Una funeraria. Un motel. Un banco. Un teatro sin Macbeth. Otra puerta: un café de viejos y después una biblioteca empolvada. Un camión de pasajeros, de día. Un consultorio de veterinario. Una puerta más: un parque sin gente, con juegos y sin niños. Todavía con luz de sol, Lorenzo el fantasma corrió sin importarle que la bata se le abriera de atrás y mostrara las nalgas. Nadie podía verlo. Hasta que subió las escaleras de un edificio viejo: una, dos, tres plantas y abrió del golpe la puerta con el número 11.

«Lorenzo, ¡regresaste!».

EL TRIUNFO DE LA MEMORIA

Llámenlo Rogelio.

O Roger. Roy. El Nuevo o El Alfa.

Mírenlo salir de casa siempre a la misma hora para no perderse el tranvía a la oficina; sentarse entre la tercera y la quinta fila, si es posible cerca del pasillo para evitar los apretujones al dirigirse a la salida, para no sumir, inútilmente, el vientre bofo medio oculto debajo de una camisa una talla más grande de lo que debiera usar; mirar al frente o a la pantalla de su celular aunque, lo sabe, al menos la mitad de los pasajeros son los mismos de siempre y, después de cuatro meses de tomar el mismo tren a las 8:05 de la mañana, cualquiera habría entablado conversación con el de junto si el Spotify se quedaba sin datos que consumir. Ahí va, como si no necesitara contacto con otros, como si ya se hubiera acostumbrado al abismo que existe en los dos milímetros que hay entre su hombro derecho y el izquierdo de la señora que le ha tocado de acompañante en el trayecto. No mira a la ventana porque el paisaje es el mismo de siempre y el aburrimiento de la monotonía le dará sueño al repasar la tintorería, el edificio abandonado detrás de una malla ciclónica, los puestos sembrados con café soluble listo para aquellos que necesitan algo en el estómago, pues esa úlcera no va a empeorar por sí misma. No todavía.

Díganle El Ojo Desviado, como la encargada de la panadería Rosetta, que ya conoce que llegará al borde de las 8:30, justo a tiempo para llevarse uno de los últimos brioches de tocino con albahaca pero, aparentemente, muy temprano para probar el de avellanas con nueces, que es, le han dicho sus clientes, el cielo en la boca y está listo después de las 8:35. El Nuevo, Número 8775 o Facturas Parte Cuatro, cualquier nombre le sirve porque todos son él, según el vigilante de la entrada de la empresa de software donde trabaja, una de las recepcionistas que registra su entrada con la huella de su pulgar derecho y el jefe de Recursos Humanos que en ocasiones lo saluda a lo lejos, antes de que llegue a su cubículo y encienda su computadora.

Para los intendentes es El Perico porque, desde que llegó, comenzó la infestación de cáscaras de semillas de girasol, primero en toda la superficie de su escritorio y luego en toda superficie que soporte su cuerpo y pasos cortos: de la silla a la cocina por una taza de café; de la cocina al mural para estar al pendiente de los anuncios más recientes (invariablemente hay un tachón nuevo para el calendario de entregas de reportes o los cumpleaños del mes), y de regreso a su estación. Como señales para no perder el camino a su preciso lugar de trabajo, las cáscaras son el vestigio de su recorrido y, cada tarde, cuando se va puntualmente a las 17:30, se barren y desechan con el mismo enfado de quien ya sabe que el forcejeo será el mismo, será eterno, mañana, la semana próxima, por siempre.

Para Dani El Carita, es El Alfa. Rogelio no tiene a ninguna compañera comiendo de su mano, no es el más respetado de la oficina y su único punto fuerte es su puntualidad, nada más, insuficiente para ascenderlo, pero lo justo para mantenerlo en el mismo sitio hasta que él mismo decida abrirle paso a Facturas Parte Cinco. Y de cualquier manera se ganó El Alfa porque tiene recipientes de vidrio para su comida y nunca se queda horas extra —porque no las necesita. Es la cúspide de ese mundo regido por la manera en que comes y los aditamentos con que personalizas tu rincón de esclavitud. El Carita lleva la bocina más nueva de los anaqueles, los audífonos bluetooth más vistosos, el teléfono inteligente menos idiota y más caro, y el termo más eficiente y grande que puede conseguir en línea: algo así como 1,750 puntos godínez. El Alfa recalienta su comida con menos riesgo de desarrollar cáncer y ve el anochecer desde una de las cuadradas y perfectamente regulares ventanas de su casa: dos millones de godínez.

Para su madre fue Rogelito, el hijo único, el niño más callado de la camada de nietos que poblaron la casa patriarcal cada domingo y Nochebuena, que siempre se sentó a jugar junto a ella mientras escuchaba, sin poner atención, los chismes de las tías y las primas mayores. Rogelito, el que nunca se fue de casa, al que jamás tuvo que pedirle que llegara temprano por las noches o que no olvidara llevarla a sus sesiones de quimio el último año de su larga, larguísima y exhaustiva vida. A pesar de no tener que lidiar ni con un esposo agriado por el tiempo —las ventajas de la soltería que la hacían sentirse orgullosa de su decisión de no casarse, cada vez que escuchaba a sus hermanas quejarse de la nueva del cuñado malvado del momento—, la parsimonia de Rogelito le absorbía la energía que creía reservada para cuando él se casara y formara una familia que, así como ella aprendió, la visitaría cada domingo e inundaría de

pasitos cada rincón. Rogelito, el perfecto, que no le soltó la mano hasta que ella huyó en un suspiro y, sin evadir un poco de culpabilidad, agradeció por fin morir para no ser testigo de la aburrida existencia de su único retoño y así no hacer un esfuerzo para que no se le notara la desilusión de ese destino.

Rogelio conoce casi todos los nombres que ha tenido. Roy, según sus amigos de la Escuela de Contadores que nunca lo invitaron a una fiesta, pero sí a los trabajos finales en casa de alguien, en algún lado, durante las horas en que él terminaba lo más difícil para que pudieran copiarlo y repartirlo. Roy, el que aprendió a utilizar Excel desde que era un adolescente, que eligió las celdas y columnas, las fórmulas hechas a la medida y los calendarios armados herméticamente para planear la vida entera sin perder una sola fecha de entrega. Roy, el que solo se masturba para matar el tiempo con una jalada rápida en su baño o en la cama, cuando se da cuenta de que ya no hay más casillas que palomear ni listas de tareas que armar.

Llámenlo Roger, El Alfa, El Perico, Rogelito, ustedes decidan. Hace unas noches fue con sus compañeros al departamento del Carita, a celebrar el fin de la terrible semana de reportes anuales, la tortura de todos los que no estaban al corriente de los números de sus actividades, es decir, cada uno de los empleados que tenían una función que requería una computadora. Excepto, claro, El Alfa, porque él ya había capturado todo lo que Facturas Parte Tres guardó en el archivero del escritorio que ahora ocupaba, y solo tuvo que copiar cifras, aplicar sencillas —complicadas— fórmulas de Excel y, pum, las gráficas se crearon de manera automática. Durmió las siete horas de siempre, no se perdió ni un capítulo de su podcast favorito en vivo —La Historia de los Fenicios, ¿Padres de la Contaduría?— y no se vio obligado a vestir la misma ropa dos días consecutivos, tal como hicieron el resto. No fue porque se sintiera generoso de tan aliviado, sino que El Carita no se atrevió a romper la tradición de cada año al colgar el memo impreso en tinta roja: «Hoy, todos, en mi azotea: alcohol. Sin parejas». Con todo y la envidia que le daba El Alfa, lo recibió con una cerveza fría cuando lo vio tropezarse con el escalón final, a la entrada de la azotea del edificio de su departamento. Los demás tampoco lo esperaban.

Rogelio tampoco lo esperaba. El cansancio crónico sin razón aparente, la falta de apetito y el sueño molesto que no le permitía sentirse aliviado de noche, sino que lo soltaba cada mañana con dolor en el cuello y mandíbulas tensas, le dejaban la sensación de que su cuerpo quería decirle algo. Lo llamaron por su apellido en el consultorio del médico y le explicaron sus resultados. Se imaginaba

diabetes, pero la metástasis era la estrella, como con su madre. Nunca anotó en sus hojas de Excel un chequeo de prevención porque las probabilidades de ser atacado por el mismo cáncer de su madre, de seno, eran tan ínfimas que de inmediato lo descartó como una causa probable de muerte. La tarde del viernes que precedió a la semana del terror, rumbo a casa, dejó que el tranvía se fuera sin él. Sentado en la banca de la parada empezó a ver lo que estaba al frente: una lavandería 24 horas en su hora más tranquila. Una madre joven leía una revista mientras su hijo dormitaba sobre sus piernas. Uno de sus pequeños pies colgaba de la silla contigua a la mujer, y de vez en cuando se sacudía en un temblor involuntario. Quizá soñaba que pateaba una pelota igual a la que tenía entre los brazos, o era acaso que sus músculos se destensaban, presas de la ligereza del REM. No era la primera vez que tomaba esa ruta, y Rogelio se dio cuenta de que no prestaba atención, nunca, a lo que tenía en sus narices. Al anuncio de la lavandería le faltaba el acento a la i y tenía una lavadora industrial de ojos saltones de neón. Horrible. ¿Qué otras cosas horribles se ha estado perdiendo por anotar fechas y nuevas asignaciones, muchas de las cuales podían hacerse después? Es decir, todos sus compañeros palidecieron cuando los coordinadores les recordaron que era tiempo de entregar lo que debe hacerse cada año. Si lo hubieran hecho, ya no cada mes, cada seis meses, Rosi Mejillas no estaría vomitando bilis de pura tensión en el baño de hombres. Y él, salía del trabajo a tiempo solo para quedarse el resto del día en casa sin sospechar que era un cultivo de cáncer listo para devorarlo todo.

Por eso, cuando tuvo oportunidad, reservó un boleto de avión hacia la Isla de Timor. No era interés legítimo de explorarla particularmente, sino que su nombre era similar al de la protuberancia maligna que encontraron en su pecho izquierdo que delató al cáncer. Y, también por eso, comenzó a planear vender su casa, la de su madre, con la intención de mudarse a un departamento que tuviera una terraza con vista a un parque muy arbolado. Así que no le sorprendió tanto que, al ver la invitación multitudinaria de Dani en el mural de corcho, decidiera olvidarse de su Excel y se dirigiera a la fiesta.

Después de dar el primer sorbo a la cerveza, los demás aceptaron su presencia y, con sonrisas tímidas, le dieron la bienvenida. Lo llamaron Rogelio, Roger, El Alfa y, dos o tres despistados, El Nuevo. El alcohol no era suficiente para deshacerse de la peor semana del año, así que El Carita fue por su caja de metal donde guardaba su mariguana. Lió tres cigarrillos y los dejó circular entre los dedos temblorosos de sus invitados. «Oye, Alfa», le dijo el de Recursos Humanos, «dale un jalón». Tuvo que intentarlo tres veces, obediente y en silencio, hasta que

alguien le arrebató el churro entre carcajadas. Pero su esfuerzo no fue en vano: minutos después comenzó a reír sin control. Era la primera vez que lo veían sonreír, se convirtió en la amenidad de la fiesta.

Hasta que aprovechó la ausencia de música mientras Dani iba por sus compactos de Caifanes. Se subió a una silla, aclaró su garganta y abrió su boca tan grande como su cuerpo le dio permiso.

«Llámenme Rogelio», dijo, «o Roger, Roy, Rogelito, El Alfa o, si insisten, El Nuevo. Ya no importa, porque hoy se acaba. Aprendí a vivir solo para seguir respirando, a la espera de lo inevitable porque se me enseñó desde el principio que todo se acaba». Algunos de sus compañeros contuvieron la risa, otros continuaron fumando, pero todos lo rodearon, le dieron toda su atención. «No sé cuándo; sé, de todas formas, que un día comencé a vivir solo para esperar mi muerte, y luego la de mi abuela, mis tías y mi madre. Yo tendría que ser el siguiente y, mientras, haría otra lista en Excel para no olvidar pagar mis impuestos, la luz o ir al supermercado a comprar lo mismo de siempre. Sé exactamente cuándo es el aniversario luctuoso de mi madre, a quién encargar las flores para llevárselas al cementerio y cuándo pagar mi tarjeta de crédito. Cuál semana debo esperar contrarecibos, depósitos de los proveedores y a cuáles cuentas llegará el dinero. Y también qué día está fresca la fruta en el mercado cercano a casa, cuáles camisas debo planchar un domingo para tener mi atuendo listo toda la semana». Dani El Carita se unió al quorum. «Pensaba que sabía todo lo que hay que saber para seguir esperando la muerte. Pero entonces me dijeron que ya no tendría que aguardar mucho. Las celdas se me acortaron en los documentos. Las fórmulas ya son finitas. No es lo mismo, ¿saben? Cuando ves el final tan cerca, es un poco decepcionante. Sobre todo porque los planes los hice yo mismo, nadie me obligó a ser como soy. Simplemente no tenía la intención de hacer nada extraordinario porque no todos estamos hechos para eso. Los que van a romperle la madre a la vida lo hacen desde pequeños. Yo he sido perfectamente congruente con mi destino: nada de brillo, drama o giros inesperados. Lo más sorprendente que me han dicho es que voy a morir más pronto de lo planeado. ¿Cómo no voy a mirar atrás y hacer cuentas? Tengo más de cien carpetas en la computadora de mi casa. En cada una, hay, al menos, tres hojas de cálculo en donde he organizado todo lo que he hecho, desde que tengo memoria: mis estudios, mis prácticas, mis respiros, las vacaciones que pasé con mamá...», la voz se le cortó un poco. Algunos de los oyentes bajaron la vista por respeto, otros para que no se les notaran los ojos brillantes ¿de mota?, «Nada ha sido espontáneo. Creía que por estar tan seguro de quién soy, de quién era, no necesitaba buscarme en

ningún lado. ¡Soy Rogelio, El Plano! Y no tengo ningún recuerdo extraordinario para revivir en mi lecho de muerte, como lo hicieron mis tías o mi abuela, que confundieron su cama de hospital con un salón de baile, o a mí con un novio que tenían décadas sin ver. ¿Lo único que voy a recordar, cuando nadie me sostenga la mano mientras me pudro en vida, es que abro una nueva carpeta, con un nuevo Excel que solo tendrá la tarea de morirme? Ya no. Tengo un boleto reservado, venderé mi casa. Díganme Rogelio. En serio, ya no importa».

Tuvieron que ayudarle a bajar de la silla para que no se rompiera la crisma. Nadie sabía qué decirle, nadie entendía lo que acababa de suceder. Rogelio El Intenso se había apoderado del clima de la noche y varios empezaron a despedirse. Demasiado para cerrar una semana en la que habían envejecido un par de años en pocos días. Los que se quedaron pusieron uno de los discos pirata que Dani había subido. Un poco preocupado por la integridad de este Nuevo Rogelio, insistió en pedirle un taxi a casa.

Era de noche y apenas podía distinguirse algo que no fuera el asfalto de la calle, pero Rogelio miró por la ventana con mucha atención. Despidió al chofer con una palmadita en el hombro y luego, frente a la puerta, con un adiós perfectamente articulado, «¡A-di-ós!», y cerró de golpe. Caminó al baño como un borracho, se aferró a los muros, tiró portaretratos, una maceta y descubrió que el azulejo se hace más resbaloso que de costumbre si no estás acostumbrado a beber, fumar mariguana, hablar en público o, en general, desnudar tu alma frente a un montón de gente a la que no le importa mucho. Llámenlo El Novato, pues. O El Imbécil, porque al querer acercarse al lavabo para enjuagarse la cara con agua fría, tropezó aparatosamente y estrelló su cráneo en el mueble.

Despertó la madrugada del domingo. Temblaba de frío en medio del baño, un breve charco de sangre seca lo mantenía adherido a las baldosas. Sin embargo, el responsable de su gemido al levantarse fue el terrible dolor de cabeza que debilitaba todo su cuerpo. Se revisó en el espejo: una pequeña cortada y un chichón inmenso. El lunes era todavía muy visible, todos le preguntaron qué le había ocurrido. «Ni idea, así desperté». No recordaba cómo había llegado a casa. La memoria de esa noche le llegaba hasta el segundo jalón al cigarrillo de mariguana que le ofrecieron. «¿Por qué?», preguntó cuando El Carita quiso saber si había llegado sin problemas a casa. «Por nada». No había rastro del pedestal y el discurso, o de su tambaleo nocturno en su baño. Cuando revisó, como cada lunes, los movimientos de su tarjeta de crédito, no reconoció un movimiento hecho a nombre de

una agencia de viajes. No había tiempo de investigar, era momento de comenzar con las tareas del lunes. Habló al banco, exigió la cancelación de ese pago y no atendió la llamada de un valuador que había contactado la semana anterior para que le ayudara a vender su casa: no reconocía su número. No tenía tiempo que perder, si quería llegar a tiempo a la cita con el doctor para el inicio de su quimioterapia. Eso, no, no se le escapaba, porque a pesar de que de vez en cuando la gente quiere cambiar, la memoria es como el agua y se encarga de encontrar el cauce de antes, inundarlo todo y arrastrar los nuevos planes, escupirlos en el mar, dejar que se los lleve a un océano en las antípodas de nuestras efímeras ganas.

Quizá necesite un golpe en la cabeza, pero la memoria es, siempre, la que triunfa.

LA SOLEDAD DE LOS PECES MUERTOS

> No queremos puercos.
>
> SEDICIÓN

El aroma a pescado es una peste que no desaparece nunca, ni siquiera con la muerte. Solo hay otro olor igual de penetrante, pero es el de los peces muertos el que te viste, acompaña y anuncia a donde quiera que vayas, aun antes de abrir la puerta.

Mi vida se convirtió en una tierra baldía desde que me dieron empleo en una pescadería. Nadie me avisó que estaba aceptando un autoexilio cuando me puse las botas de hule, la cofia de plástico y ese mandil enorme la primera mañana que tuve un cuchillo en la mano y me enseñaron a quitarle las entrañas a una lubia. De lo único que estaba seguro era de que tendría dinero para comprarme unas caguamas tibias en el concierto de esa noche, deshacerme en el gallinero y conocer, finalmente, lo que era un verdadero toquín de punk. Por eso me animé a usar la sudadera de The Ramones como uniforme, porque le iba a decir adiós al punk, abrazaría la verdadera anarquía, aunque tuviera que tomar un empleo para disfrutarlo. Iba a ser solo cosa de ese día, pero antes de que me diera cuenta, pasó una semana, luego un mes y luego tres seguidos, y yo regresaba al Mercado del Mar cada madrugada, con la imagen de los Ramones, mis únicos pantalones sin agujeros y los tenis más gastados que tenía. Es fácil acostumbrarse a traer unos billetes en la bolsa si también te da oportunidad de agregar un porro a la noche, unos tacos al final y hasta un par de condones para tus amigos, nunca para ti, porque si todo el día metes la mano a los estómagos abiertos de animales muertos, será difícil que alguien se te acerque por iniciativa propia.

Mientras mis amigos le metían la mano a la entrepierna de mis compañeras de escuela, yo inventaba mezclas con detergente, cloro, jugo de limón y un cepillo para lavarme las uñas. Ni así me abandonaba el olor a putrefacto, a víscera reventada, a ostión con mierda de río.

Cada tarde, cuando me enjuagaba las escamas, las espinas, la sangre, los ojos y las menudencias del mandil de hule, sentía que una parte de mí se me resbalaba por la alcantarilla. Porque tenía apenas 16 años, pero un aspecto de la vida se me arruinó para siempre cuando platiqué con uno de mis amigos, que desde entonces ya intentaba hacer lo suyo con una banda propia, y quise saber qué se sentía, a qué sabía y a qué olía el sexo de las chicas. Recuerdo que escondía mis manos entre los bolsillos del pantalón en la escuela, tratando de disimular mi condición de pez ambulante, mientras me acercaba a la más quieta del patio durante los recesos para alcanzar a olfatear el perfume de su cabello. Siempre olían mejor que mi cuartucho y el aromatizante que invadía todo el aire. Me imaginaba entonces que también sería el perfume de todo su cuerpo desnudo, en especial aquellos pliegues escondidos entre la ropa.

Mi amigo lo arruinó. «Huele como a pescado», comenzó su explicación, y la imagen de un robalo desbaratado se me vino a la cabeza con esa sentencia. ¿Quién iba a querer abrir esa puerta si iba a despertar solo náusea? A partir de ese día dejé de masturbarme por el horror que me estremecía al imaginar que el olor de mis manos impregnadas sería igual al de la vagina de mi primer acostón.

Así comenzó la soledad de los peces muertos. Dejé de intentar todo contacto humano más allá del slam y los coros rabiosos en los conciertos de punk. Ahí nadie se daba cuenta de que una tripa estaba enredada entre mis cabellos o que una bolsa de bilis se había reventado en mi playera. Mentiría si dijera que es posible acostumbrarse al olor del pescado; sin embargo, aprendí a vivir con él como quien se olvida del zumbido que queda en el oído después de tener el amplificador de la guitarra a unos centímetros de la cabeza durante un concierto de dos horas. Mis amigos punketos tenían ese problema, yo el del olfato. En cierta manera nos compensábamos, y aprendimos a solo asentir con una sonrisa ignorante y la nariz cerrada.

Una de las primeras cosas que aprendí es que no todos los pescados deben escamarse, porque no todos tienen escamas. El lenguado, por ejemplo, nos ahorra ese paso. Es lo único que podemos evitar, lo demás es obligatorio: abrir el lomo, extirpar las espinas, dejar que algunas gotas salpiquen e inyecten tus labios, cortar las cabezas y separarlas para que las señoras hagan caldo con ellas. Todo mientras una banda de norteño danza de un puesto a otro, de restaurante de mariscos a otro, y tú solo tienes ojos para la joven que trae una camiseta de Sedición y acompaña a su madre. La miras, la miras, la miras aunque se pare detrás del vendedor de globos o intente crear un campo de fuerza impenetrable con las bolsas de compras, y baje la cabeza. Y tú, atento a lo que hace: ya se dio cuenta de que no te fijas hacia dónde apunta tu cuchillo mientras lo dejas caer sobre la tabla de madera para separar las aletas de un huachinango. Ya sabe que la estás viendo, pero solo quiere que la dejes en paz e irse. No sé qué habrá pasado que entonces solté un par de machetazos que me salpicaron toda la cara con los jugos del pescado indefenso. Muerto, al fin y al cabo.

«Ey, tú, pareces masacre. ¡Eh, Masacre!», me bautizaron mis amigos, que llegaron en ese momento y me descubrieron cubierto de entraña. La chica desapareció tras su madre y no quiso volver la cabeza; adivino que sospechaba que incluso ahí la seguía, como el que quiere medir hasta dónde se traga el horizonte una balsa a la deriva.

Pero pronto la olvidé, porque mis amigos me avisaron que esta vez la habían pegado grande: fueron invitados a tocar en un concierto de Sedición, ¡de Sedición!, en el Roxy. Ir al Roxy representaba dos cosas para alguien como yo: ir más allá del parque Ávila Camacho y cruzar la frontera entre Zapopan (los que la llaman «Ciudad Zapopan» son unos imbéciles con delirios de alta sociedad) y Guadalajara —adentrarme en la Zona Metropolitana, a la de verdad, a la que primero le agregaron ciclovías, pavimentaron calles y le transformaron el centro en varias ocasiones porque las primeras no fueron suficientes— y escuchar punk en uno de esos antros que ya sabíamos iban a dar de qué hablar a los que jamás los pisaron.

Mis amigos serían una de las bandas teloneras, de ésas a las que no se les paga porque lo importante es que «la gente que va a ver a la estelar los conocerá», y con eso es suficiente para todo: para pagar el transporte, las caguamas, los boletos de las morras con las que estaban quedando, la bolsita de marihuana y los tacos para aguantar el trayecto de regreso. Yo sería su staff, o eso me dijeron, y cargaría el

equipo, no tendría que pagar boleto y disfrutaría la mejor vista de todas: desde atrás. No necesitaba otra razón más que entrar gratis, pero de inmediato me vino a la memoria la playera de la chica que devoraba momentos antes. ¿Y si ella también iba? Acepté.

No sé por qué pensé que la soledad se me iba a sacudir en un concierto de punk. Lo cierto es que mientras iba a casa a cambiarme de ropa después del trabajo, hasta creí que podría deshacerme del olor a pescado si le agregaba bicarbonato a la mezcla de todos los días. La realidad me mostraría que ésa sería solo la primera de mis decepciones, aunque todavía no lo sabía.

Camino hacia el centro de Guadalajara, armado con la chamarra de piel que le había robado a mi hermano mayor, mi cartera con cadena y los Faros en la mano, sentía un nudo en el estómago mientras el camión bajaba la empinada de Ávila Camacho y cruzaba el puente de González Gortázar, que no se salvó de la construcción de la infame línea 3 del Tren Ligero. Creo que para entonces ya no manaba agua como lo hacía antes. A ese arquitecto le jodieron todas sus fuentes: la de Las Rosas, la de frente al CODE, la de Ávila Camacho, la de Federalismo. Me pregunto si alguna vez se sienta a ver la ciudad por la ventana y también percibe el olor de los peces muertos que me acompaña, ese hedor que debe parecerse mucho al agua estancada en sus fuentes y esculturas. ¿La extrañará?

El centro de Guadalajara es muy diferente al de Zapopan. Los autos son más agresivos. Hay calandrias y huele a establo en ciertas esquinas. La gente tiene más prisa. Hay más coreanos y restaurantes de comida china que jamás tienen clientela, pero algo hacen porque no los cierran. Y todo eso lo noté sin llegar a la Catedral, pues el Roxy se encuentra antes del Palacio de Gobierno, el Degollado y esas atracciones de las que uno aprende en los libros de historia de Jalisco de la primaria, aunque jamás las hayas visto.

Por lo que había oído de otras personas, pensaba que el Roxy era más grande, pero su entrada apenas abarcaba dos casas. Era como un cine de los años cincuenta, con taquilla y todo, con parroquianos tatuados. La banqueta no podía contener a los punketos que llegábamos con una o dos cervezas encima y unas Doctor Martens sin bolear. Las mías eran Doctor Martínez, pero nadie iba a preguntarme

nada porque estábamos ahí para rompernos el alma con los 26 minutos de «Extintos». Tal vez también podría quitarme la maldición de los peces muertos si encontraba a la chica de la camiseta de Sedición. Tal vez, solo tal vez, podría encontrar una fetidez que, al menos, arrasara con mi tufo de siempre y que me salvara de esta rutina putrefacta. Tal vez sería gracias a esa chica.

Mis amigos llegaron en la camioneta de uno de sus padres. Pintaba casas —«¡A domicilio!», le encantaba bromear cuando alguien le preguntaba su profesión—; así que un monitor, las guitarras, un micrófono y el único amplificador de la banda tuvieron que arriesgarse a llegar convertidos en una de esas pinturas de arte moderno que solo consisten en manchones sin sentido, tal como era la música de mis amigos. Su grupo ni nombre tenía, así de en serio nos tomábamos la vida en ese entonces. ¿Qué tan serio puede ser todo a los 16 años, cuando sobrevives en un cuarto en donde apenas cabe tu colchón y una cajonera en la que hay todo, menos ropa? Esa noche solo queríamos destruirnos un poco la cabeza para que el siguiente lunes valiera la pena. En el fondo, yo me repetía que nunca olvidaría este concierto.

Maldita voz de profeta. A veces quisiera arrancármelo de la memoria.

Les ayudé a cargar instrumentos. Otro grupo les prestaría la batería a ellos y a otras dos bandas, igual de principiantes, a cambio de un six de cerveza. Adentro, mientras nos abríamos paso entre cables, músicos, adolescentes y los de la vieja escuela que ahora no les gusta admitir que bebimos de la misma caguama en aquel entonces, escuchábamos que los vecinos estaban molestos, que iban a llamar a la policía, que quedaba poco tiempo. Había que apurarse para montar todo y que los más verdes se aventaran su set antes de Sedición. ¿Qué tanto tiempo podría ser, si el artista estelar tenía un disco que no contaba ni 30 minutos? «Masacre», me dijo el hijo del pintor, «nos vamos a partir la madre». Se subió al escenario con una sonrisa y se puso a conectar lo que podía conectarse. A eso no le sabía; me quedé ahí, viendo cómo se iba atiborrando el Roxy, cómo aumentaba el calor y las voces hablaban de todo al mismo tiempo: la chela, el porro, la güera de la esquina, la puta de tu madre, por qué no nos habíamos visto antes, Sedición putos, rólalo, ¿traes canalas?, dejé el coche a dos

cuadras, mi mamá no sabe que acá ando, puro mocoso, carnal, se murió mi perro, no le hace, acá tengo más, quítame la mano de encima, ocupo que me prestes, ¿cómo está tu hermana?, ¿de quién te andas escondiendo?, creo que ya te ubicaron compa, la verdad es que tocaban más chido antes, a ver si no nos carga la chingada otra vez, qué bueno que llegaste sola, ya chole con La Cuca, ¡en El Bananas, wey!, ¿dónde estabas?, fui al Mercado del Mar con mi mamá y creo que ya le tengo miedo a los pescados. Y ahí la vi, muy cerca del escenario, recargada junto a una bocina, platicando con una amiga. Llevaba la misma ropa de unas horas antes. Era mi oportunidad. Llené mi pecho con todo el aire que mis fosas adolescentes me permitían inhalar, y lo guardé un rato en los pulmones porque acababa de darle un jalón al churro que alguien, todavía no sé quién, me puso entre los dedos.

La hierba era especialmente dulce, casi logra que me olvidara de los pescados que eran mi colonia, y me puso a flotar un poco al dirigirme a la desconocida. Tropecé con un pedal de guitarra, pero recuperé el equilibrio antes de tocar el suelo. Los ánimos ya estaban encendidos y nadie estaba tocando nada. «Algo va a pasar este año», me dije, «1992 nunca se nos va a olvidar». Apenas era marzo. Y, de pronto, ¡pum!, se escuchó la explosión de un golpe en el lobby del Roxy y la raza comenzó a correr hacia adentro. «¡Ya cayeron, ya cayeron!», gritó una bola de muchachos que quiso adelantarse a la policía. Pude ver cómo una chica se tragó su churro antes de emprender la huida; de pronto perdí de vista a la de la playera de Sedición, y algunas sillas comenzaron a volar. Envases de cerveza, Doctor Martens, puños, patadas. La policía ya estaba adentro y no iba a permitir que se hiciera el concierto. Escuché vidrios romperse, guitarras caer de sus bases, llantos, gritos de guerra. Ni una señal de mi chica. Se subieron al escenario con macanas alzadas; intenté cubrirme de los golpes y rodé hacia abajo. Caí de la tarima y quise protegerme detrás de una bocina. Un tipo, no le vi la cara, también estaba ahí escondido, aunque no de la ley. «¿Tú qué vergas haces acá?», le reclamaba otro más grande, más viejo y más enojado. «Regrésate a Tonalá», le ordenó en son de burla. Por eso me caen mal los de Guadalajara. Entonces sentí la bocina mecerse. Se nos iban a caer encima unos 100 kilos de bafles ochenteros y lo único que pude fue empujar a quien estaba junto de mí para abrirme paso. Cuando vi que el armatoste se rendía a la fuerza de un antitonalteca, supe que en mi lugar estaba ella. En la confusión de la redada, otros cayeron encima de la bocina para escapar, se siguieron

moliendo a golpes, y ella dejaba de respirar. ¿Has visto a un pez intentando jalar aire, afuera del agua? Esa fue la última expresión de su rostro. Intenté quitarle el bafle de encima. Cómo lo intenté. Metía las manos bajo él para hacer espacio entre su tórax y la estructura, pero tuve que hacerlo muchas veces antes de lograrlo. Tenía sangre hasta en el cuello.

«¡Masacre!», creí escuchar un grito familiar antes de que alguien amenazara con disparar. Seguí moviendo el bafle.

«¡Masacre!», de nuevo.

Ya casi lo movía. Nadie me ayudaba. Ella ya estaba muerta y no quería dejarla ahí. Quizá solo necesi-
taba aire fresco, recostarse sobre la banqueta angosta, alejarse de la tormenta.

«¡MASACRE!»

Respondí con un grito.

«¡VÁMONOS!», y uno de mis amigos me jaló de un brazo.

Afuera del Roxy nos separamos. Cada quién se fue para su casa y yo caminé sin volver la vista, tal como lo hizo aquella chica al marcharse del mercado, temiendo que si giraba la cabeza me iba a encontrar con su rostro hecho pedazos. Al llegar a casa me bañé una, dos, tres, diez veces. No me había dado cuenta de que en el forcejeo me tragué el hedor de su cuerpo que desfallecía. Lo tenía en la boca. El olor de su sangre se me metió hasta que me ardieron los ojos, el recuerdo de su viscosidad me da escalofríos si tomo algo de mermelada con un dedo o algo de miel cae de la cuchara a mi antebrazo.

Ese concierto de Sedición que no tuvo música fue una de las tantas ocasiones en que se clausuró el Roxy. Pero solo me sentí tranquilo cuando supe que no abriría jamás sus puertas, algunos años después, ni siquiera cuando un grupo de necios unió fuerzas para rescatarlo del abandono. Cuando me encuentro con policías en bola, me imagino que alguno de ellos se contaron la historia de la chica aplastada en el Roxy y luego olvidaron la fecha, el lugar, la ciudad, el año. No se me olvida 1992; ellos continuaron con sus vidas impregnadas a torta ahogada y tacos de barbacoa, otros hasta vieron su casa destruida bajo

el peso de un camión que voló por los aires. Ese año fue solo una tragedia que muchos decidieron olvidar y así lo lograron, porque no tienen olfato o simplemente les gusta el olor a mierda. Ese año, yo descubrí que solo hay otro aroma igual de penetrante que el de pescado, una peste que no desaparece nunca: la de la sangre de una joven que se atraganta con sus entrañas.

TU CICATRIZ EN MÍ

Osadía loca, husmear en tus cosas.

GUSTAVO CERATI

La cita es todos los martes a las siete. No es necesario llegar con invitación, pero tampoco se comparte convocatoria. Los que vienen aquí se han enterado de boca en boca, y porque alguno de los regulares se los ha mencionado. Así que no es que sea exclusivo, es que es especializado.

Las reuniones tienen siempre el mismo formato: los que llegan temprano ayudan a acomodar las sillas, preparan el café y acomodan las galletas en grandes charolas de plástico. Al frente, se planta un micrófono en un pedestal, que presta el gerente del restaurante del hotel que les da acceso al sótano, sede perpetua del grupo, y Ricky lleva una pantalla de tela y un proyector para los que necesitan algo más para ilustrar su historia. Pocos lo han hecho, pues sus cuerpos son suficiente para captar la atención; los que llegan con una computadora portátil, el resto lo sabe, son los primerizos que todavía no conocen la mecánica. Con todo, nadie pone trabas y la única regla es respetar el tiempo de cada quien (diez minutos, máximo) y no cortar la fila.

Los que llegan más tarde toman su lugar, un par de galletas y un vaso de unicel con café o un refresco, y aguardan pacientemente el comienzo. Recargados en una de las paredes, los que hablarán esa noche ya están formados, según el número que se le asignó a través del grupo de Facebook. Últimamente, han notado los que son regulares, se repiten participantes, quizá porque es verano y muchos se van de vacaciones con su familia fuera de la ciudad y, precisamente después de regresar, aparecen los nuevos para compartir la historia de su cicatriz. Así que todo está bien, no hay razón para pensar que es momento de tomar un respiro.

Los que vienen aquí no tienen intención de superar dolores o cerrar

círculos. Eso es para los débiles que prefieren olvidar cómo llegaron a donde están o la historia que tienen trazada en sus espaldas. O en los brazos, a la mitad del rostro o en un glúteo. Este es un espacio libre de juicios, abierto a aquel que tiene la urgencia de exponer una herida y la historia que hay detrás, sea hermosa, divertida u horrorosa. Lo importante es que sea cierta, que su marca física sea imborrable y, sobre todo, que su portador no quiera quitársela. Es una cuestión de orgullo que solo los que se congregan en este pequeño cuarto bajo el nivel del suelo lo entienden. No existen otros requisitos para encontrar un sitio, ya sea en las sillas o al micrófono, excepto que se debe hablar, al menos, una vez para que otros conozcan la génesis de la piel rasgada. Y aunque el grupo ha mantenido su diversidad, es imposible que no se note cuando alguien pone pie ahí por primera vez.

Ahí está: la cuarta en la fila. De jeans rotos y botas vaqueras, una playera de David Bowie, una chamarra de piel demasiado gruesa para el calor que ahí los abraza, el cabello apenas sujeto por un puñado de pasadores que están a punto de darse por vencidos, y todos saben que esa es su primera vez. Es la virgen que se va a exponer frente a todos, ni siquiera ha visto cómo se hace, pero ahí está, en un escape efímero en el celular, que no tiene ya más datos para abrir páginas, enviar mensajes o reproducir videos, y de todas maneras no levanta la vista de una pantalla en congelada espera.

Está por empezar: una mujer robusta, enfundada en un coordinado de sudadera y pantalones de algodón, toma el micrófono. Tiene un parche en el ojo izquierdo.

—Buenas noches. ¿Me escuchan? Hola, hola a todos —saluda con una voz nasal y aguda—. Vamos a iniciar, como siempre, según los números que ya se asignaron a través de Facebook y, bueno, por favor no tomen el tiempo de sus compañeros. Queremos escucharlos a todos. ¡Gracias por las galletas, Raquel!

Se retira y deja el espacio libre. Ya no queda nadie de pie en el público, ni una sola galleta en la charola. El primero en pasar es un joven de 17 años cuyo atuendo es como cualquier adolescente, excepto por un guante que no logra coincidir con el color de su piel clara, casi amarilla, en su mano derecha.

—Hola a todos, me llamo Miguel, pero pueden decirme Mike.

Al unísono, todos le responden, como si fuera una reunión de AA, solo que aquí nadie intenta ocultar la ocasional lata de cerveza en la bolsa de una chamarra más grande de lo normal.

—Antes de venir aquí, gracias por invitarme, señor Longina, preparé lo que tenía que decir y lo memoricé, porque no quiero equivocarme. Me siento como en un examen de la escuela —sonrió

débilmente, como excusando un mal chiste— y, bueno, aquí voy. La mitad de mis compañeros son buenos en algún deporte, y los que no, saben tocar instrumentos o juegan videojuegos como si su vida dependiera de ello. Luego queda un puñado que, de ver tanto manga, dibujan como si hubieran nacido en Japón. Finalmente, estoy yo: que no sé hacer nada, pero me gusta ver a otros ser los favoritos de alguien. Tengo una amiga que, como ya lo han de sospechar, es por quien me gustaría ser mejor en el futbol o para dibujar los personajes de Yuri!!! on ice sin que parezcan cuerpos que nadaron en ácido —varios en el público sonríen, aunque no entienden la referencia—. En fin. El tío de un amigo tiene una motocicleta increíble. Nos dijo que es una Honda Shadow Spirit 705. No sé qué significa todo eso, pero es negra y cualquiera se ve bien en ella. En el cumpleaños de mi amigo, al que también fue Clara, mi amiga, nos dejó dar un par de vueltas, uno a uno, con él. Podía ver la cara de boba de Clara cada vez que el tío se quitaba el casco y nos regalaba una sonrisa. Le pedimos que nos dejara conducirla, y por supuesto nos dijo que no, pero eso no nos detuvo cuando regresó a la fiesta por unas cervezas. Aprovechamos que pusieron sus canciones favoritas, de bandas viejitas de nombres raros, como A-já y Duran, o algo así; mi amigo tomó las llaves a escondidas y encendió la moto. Nos dijo que su tío le daba lecciones, cuando su papá no veía, así que ya sabía conducir y dar vueltas. Clara y yo nos quedamos de pie y él nos rodeaba, primero sin problemas. Entonces se equivocó al intentar frenar, se paniqueó y aceleró. Perdió el control, se cayó y salió volando de la moto; Clara se asustó y, no sé por qué razón, se agachó y cubrió la cabeza, como si le cayera algo del cielo, y yo vi cómo se acercaba la moto, fuera de control, hacia ella. Fue mi oportunidad, ¿saben? —cabezas de todas las filas asienten con expectación—, me lancé entre ella y la motocicleta, estiré mi brazo derecho —imita el movimiento— por si necesitaba empujarla hacia el lado contrario. Mi mano tocó de lleno el escape, que estaba hirviendo. Y, bueno —se quita el guante—, estas marcas son la prueba de que soy un héroe.

La palma y parte del dorso tienen un color rosado brillante, el borde de esa zona, como si fuera un país que debe resaltarse en un mapa informativo, tiene la carne hinchada. Mike recibe los aplausos entusiastas, quizá demasiado, de sus ahora hermanos de marcas, y camina hacia una silla vacía. La cuarta en fila alcanza a escuchar que el hombre de traje junto a él, que lleva una banda en el cuello, le pregunta si ahora Clara es su novia. «Nah», responde el chico, «ya soy una leyenda en la escuela. Tengo mejores cosas qué hacer».

La del parche regresa e invita al segundo a tomar su lugar. Es un

tipo alto, de brazos visiblemente musculosos, aunque delgados y elásticos. Un bigote escaso le nace debajo de una nariz respingada. Un tatuaje que ya necesita retoque se le asoma debajo del cuello de la camisa: la única pista es un puñado de plumas. ¿Un ave? Ni idea.

—Eh, hola —una voz más aguda de lo que algunos imaginaron sale de su garganta. «Aquí vamos», suspira alguien desde el fondo. Definitivamente, esta no es la primera vez que toma el micrófono—. Tengo muchas cicatrices, gracias a los que han intentado madrearme camino al trabajo, pero siempre he salido vencedor. No estoy acostumbrado a rendirme, ya saben, y no me avergüenzo de dónde vengo. Lo que más me gusta es la cara de imbéciles que ponen cuando los tengo en el piso, a mi merced, y piden un poco de clemencia. Para eso sirven las hormonas —le dirige una mirada a Mike, quien no sabe atrapar el consejo—, pero mi cicatriz favorita es la que significó el primer gran cambio en mi vida —levanta su camisa y baja el pantalón para dejar al descubierto el pubis, que apenas tiene una ligera capa de vello; todos ven la cicatriz transversal que le recorre de lado a lado—: la hermosa histerectomía. ¡Sin matriz soy feliz! Ahora soy un hombre y nadie puede evitarlo. ¡Ni siquiera tú, ma! —grita a una persona que no está en la multitud. Una ligera lluvia de aplausos lo despide. La primera vez que habló tuvo más apoyo, y no es que ahora lo aprueben menos, es que ya se ha repetido tanto, que la sorpresa se ha borrado de los demás. La fan de Bowie no comparte ese sentimiento y le regala varios viva antes de que se retire al fondo.

Es turno del número tres, un caballero en traje color beige que se ve intimidado. Se adelanta a la mujer del parche y se disculpa por no tener una historia tan inspiradora como las dos anteriores. «Solo es un corte en la mano, al enseñarle cambiar la llanta de refacción a mi hija adolescente, nada más», y se despide entre aplausos que quieren darle empatía. Ninguna historia es más importante que otra en este grupo. Lo que importa es demostrar el orgullo de esas imperfecciones que nos da la vida.

Ahora, la cuarta, que se aclara la garganta y comienza a arrepentirse de llevar la chamarra. Siempre sube la temperatura cuando nos sabemos observados. Empieza.

—Buenas noches. Soy Laura y mi cicatriz es reciente. Hace no tanto, al hacerme una autoexploración de mis senos, noté un pequeño bulto en el derecho. Nunca es buena noticia, sobre todo si tienes un familiar directo que murió de cáncer de seno: mi madre, en mi caso. Costó mucho trabajo, pero me armé de valor e hice cita con una ginecóloga de confianza, tía de una amiga —quizá porque su historia es nueva, pero el público presiente que va a ponerse buena—. Primero

realizamos algunas pruebas de tacto y un eco: el bulto no era de agua y podía notarse su forma, redonda, perfecta, al tocarla. La doctora se veía preocupada cada vez que la visitaba y, a decir verdad, mi familia también. Fue un proceso que nació en el optimismo exacerbado de mis hermanos y mi pareja, hasta el miedo gradual a un destino parecido al de mi madre. Tuve que aprender a vivir la rutina sin gritar que no quería morir, a reírme de las bromas que mis compañeros hacían para aligerar la carga cada vez que una esperanza se iba apagando. Apenas tengo treinta, así que una comienza a preguntarse qué hacer, cómo recompensarse a una misma por todas las oportunidades perdidas o pospuestas. Siempre pensé que no querría tener hijos. Cuando la doctora me dijo que tendría que operarme para extraer la bolita y practicarle una biopsia, me di cuenta de que era el momento de dejarme de hacer tonterías, pensar más allá de mí —toma un profundo respiro, mira a todos con ojos vidriosos—. Comenzamos, mi pareja y yo, a intentar embarazarme en lo que se acercaba la fecha de la cirugía, que era un par de meses después: ya saben, el seguro es tardado. Y lo logramos —una pequeña sonrisa de triunfo provocó los primeros aplausos de los asistentes—, así que cuando fui al quirófano tenía algo de esperanza. Sin embargo, los estudios me mostraron que, efectivamente, era cáncer. Para iniciar con el tratamiento debí terminar mi embarazo, debía ser muy agresivo y sin aplazarlo más. Todos en la comunidad nos ofrecieron apoyo, pero nada te prepara a perder el pelo, las fuerzas y convertirte en una pequeña fracción de lo que eras. Yo, que fui reina de belleza en la preparatoria, la ejecutiva de cuentas más importante de la agencia donde trabajo y, bueno, quiero creer, la nueva madre que se dedicaría a criar un ser humano mejor para el futuro… ¡Ah, todo truncado, como la vida de mi madre! —detiene la narración para contener las lágrimas. Para otros cualquier esfuerzo es inútil. Mike llora y siente un deseo incontrolable de contactar a su mamá para decirle lo mucho que la quiere—. Como sea, estoy en remisión, el cabello me creció de nuevo y comenzaré a intentar embarazarme otra vez, aunque sea con una madre sustituta, porque quiero dar todo lo que tengo a manos llenas. Esta es mi cicatriz —y antes de que pueda levantarse la playera de Bowie para mostrar el seno derecho, una mujer irrumpe furiosa al salón.

—¡Esa es mi playera y mi historia, maldita perra!

Todos se giran en un solo movimiento y ven a una treintona enfundada en unos skinny jeans que no podrá quitarse fácilmente, y una camisa de McDonald's, que también porta su nombre: Ana. La cara está enrojecida y la mezcla del sudor de su excitación con la grasa de su propio ambiente de trabajo le dan un brillo ligero. Varias

voces le reclaman su interrupción: nadie la invitó y no puede quitarle el micrófono a una mujer que ha sobrevivido la batalla contra el cáncer con tanta valentía. Sin embargo, la dejan caminar a grandes pasos hacia Laura, quien la mira con una mezcla de miedo y vergüenza y baja la cabeza como una niña regañada in fraganti mientras asalta las galletas antes de la cena.

—Ni siquiera estás contando bien la historia —le reclama— y eso que te la dije mil veces. Mi cicatriz, además de no ser de la incumbencia de esta bola de idiotas —«¡Hey», se indignan—, es porque me removieron una bolita que no fue maligna y que no me llevó nunca al borde de la muerte, ni a replantearme mi papel en este mundo, excepto bajo un concepto: el de la felicidad —empuja al fondo a Laura y toma el micrófono—. Soy Ana y trabajo en un McDonald's, y cuando me dijeron que debían examinar esa cosa que tenía dentro, me di cuenta de que iba a extrañar a mis tres gatos, mi colección de series en DVD y el sexo ocasional con el tarado de compras que no aprende a cortarse las uñas de los pies. ¡Y, repito, no fue maligno! En ningún momento decidí embarazarme para «trascender» y solo tuve una buena historia para contar con mis amigas, o eso creí —le lanza una mirada asesina a Laura—, en la que el final feliz es que la vida como la tengo es la que me basta. Quiero mi playera de vuelta, limpia, mañana.

Lo único que exige este grupo es la honestidad, y esta noche se hizo añicos ante la mirada de todos. No solo eso, sino que más de uno le regaló simpatía a una desconocida que llevaba una cicatriz de fantasía en un seno que nadie pudo ver (para la desgracia de los que esperaban una imagen para más tarde, en la oscuridad de sus cuartos) y en su lugar tuvieron el espectáculo del pecho flácido de Ana, medio desinflado acaso, portador de una marca rosada y en relieve, como un rollo de carne mal amasado, en donde se hizo la incisión de una cirugía que no concluyó en una historia realmente inspiradora.

Ana abandona el sitio del mismo modo en que llegó y Laura se queda a la merced de un público humillado e insatisfecho, como si hubieran pagado un boleto en primera fila para un concierto que no tendría a la banda prometida. Dicen que la del parche fue la líder, aunque nadie lo sabe de cierto. Aun así, todos se abalanzaron sobre la mentirosa, quien apenas pudo defenderse de la ira de los morbosos desilusionados, esquivando sillas, el micrófono y los puños que, en lugar de darle la lección de su vida, la dotaron de una cicatriz prominente en la frente.

Dentro de tres meses regresará al micrófono, para, ahora sí, contar la verdadera historia de una marca que la hará menos gris que su vida precicatriz, sin que nadie le recuerde que la felicidad está en las

pequeñas cosas, que eso es una estupidez y este grupo lo sabe bien.

CECILIA SONRÍE APENAS

Para mi mamá

—Hola, madre. Hoy luces menos engripada que ayer, ¿te sientes mejor? Te traje una caja con té de yerbabuena y un poco de miel de propóleo, ya sé que no vas a querer tomarte nada que esté encapsulado o en jarabe. Esta vez no pudo venir Graciela, se quedó en casa haciendo tarea. Está en época de exámenes, se siente tan nerviosa. ¿Recuerdas cómo me ponía yo cuando eran finales? Migraña todo el día, que desaparecía mágicamente justo a tiempo de salir de vacaciones, a la casa de la abuela, en la playa. Ah, cómo extraño ese lugar. Ojalá no lo hubieran vendido tus hermanos para repartirse el dinero. Ni fue tanto, mamá, ¿por qué no les dijiste nada? En fin, es de las cosas que seguro también vas a tener que cargar todo lo que queda de vida, como yo. ¿Qué tal las enfermeras? ¿Sí te han servido los budines que te compré? Tengo la sensación de que se los reparten entre el personal y apenas te toca algo. La gente es tan egoísta, que yo no sé para qué se dedican a esto si van a dejar que el barco se pierda en el mar. Como cuando me insistías en que me metiera a mil clases, pero de todas formas no me llevabas a ellas o se te olvidaban los recitales. Ay, mamá, ¿te acuerdas? La primera vez que fui elegida para bailar El Cascanueces en el teatro de la academia aquella… ¿cómo se llamaba? Viviana, ¿cierto?

—Cierto, querida, la academia se llamaba Viviana.

—Sí, tú siempre te acuerdas de esas cosas. ¡Pero no de la fecha en que bailaría tu única hija! Jaja, en fin, son cosas que pasan, ¿verdad? Ya no vale la pena recordar cómo se burlaron de mí mis compañeras o el modo insidioso en que la maestra sugirió que no debía importarte tanto lo que podía hacer. Porque la instructora, todas de hecho, siempre dijeron que tenía una excelente postura, y nadie hacía

pirouettes como yo, ni siquiera la estirada de Leticia, que tanta, tanta envidia me tenía. Se le notaba a leguas. Como sea, ahora ella es la viuda que no tiene dónde caerse muerta y yo la que puede pagar esta casa de retiro, con todas las comodidades, para que te sientas mejor, mamá. Con todo y tu indiferencia, la de todos, de hecho, soy la más estable de mis hermanos. Por cierto, ¿ha venido Luisito a visitarte? No me contestes, por tu mirada sé que no lo ha hecho. ¿Siempre fue así de malagradecido, mami? Ni siquiera es bueno para, al menos, intentar hacer una aportación a tu cuidado. O, bueno, al de los niños. ¿Para qué se casa con esa raquítica? Todos sabíamos que no estaba a su altura y que se hartaría pronto, pero noooo, siempre tuvo que ser el rebelde sin causa. Y míralo.

—Dale oportunidad a tu hermano, hija. Todos cometemos errores.

—Ay, mamá, qué suerte que yo esté aquí y haya sabido prosperar. Hablando de eso, a Antonio le está yendo in-cre-í-ble. Otra vez se va a los Balcanes a cerrar un nuevo trato. Va a estar tan ocupado, que hasta va con sus dos asistentes. Sí, sí, también la morenita esa que le encanta subir fotos en bikini a su Instagram, pero sé que Toño es un profesional y solo se preocupa de que nosotras, su familia, esté bien. Bueno, mami, me tengo que ir. Regreso en un par de días, con Graciela, para que la saludes. Dame un beso.

—Nos vemos, querida.

Un denso rastro de Chanel no. 5 se mantuvo un rato, aún después de que hubiera salido de la habitación, dejándole paso a la enfermera.

—Buenas tardes, señora Cecilia, ¿cómo estamos hoy, eh?

—Oh, todo muy bien, gracias.

—Parece que las rondas de visitas no se acaban. Es que ya es fin de mes, ¿verdad? Nunca fallan.

—Así es: fin de mes.

—¿Quiere que le prepare el té que le trajo su hija? Por lo pronto, le dejo su pudín, para que luego no digan que nos lo robamos de la cocina. Ahí está todo, y es solo para usted. Ya regreso.

Antes de que pudiera darle una cucharada al postre, la interrumpieron.

—Hola, ma. ¿Ya se fue la arpía de tu hija? Perdón, pero es que no la soporto, no sé cómo la aguantas. Sí, ya sé, también es mi hermana, pero no sé qué le pasó de niña que se convirtió en esta arpía odiosa. Como sea, ma, mira, te traje tus favoritas: ¡petunias!

—¡Mis favoritas!

—Las voy a poner en este jarrón, solo deja cambio el agua en el baño. ¡Cuéntame!, ¿cómo está tu vecina de cuarto? —preguntó mientras llenaba el florero— He notado que ya usa silla de ruedas y

una chica, me imagino que su nieta la lleva a pasear al jardín muy seguido. ¿Cuántos años tendrá? ¿Unos veinte, veintidós? Es muy guapa, por cierto. ¿Cómo se llama? Ya van varias veces que quiero platicar con ella, ya sabes, para pasar el rato. Cuando se tiene una situación parecida, es decir, que dos personas tienen a familiares en asilos, pues es mejor hablarlo para no sentirnos tan solos, ¿no? Seguro ella necesita con quién hablar, se ve tan frágil. Una chica así de guapa debe sentirse tan fuera de lugar en un sitio como éste, hay que hacer algo por ella, ¿no crees?

—Bueno, eso ya dependerá de ella.

—Tal vez ni cuenta se ha dado de que lo necesita. Bueno, ¿qué tal quedaron, eh? Las petunias para mi petunia favorita, jaja. ¿Qué chismes tienes, algo interesante de mis tíos? Tengo la impresión de que los primos me están evitando, ma, ¿te han contado algo? La verdad es que yo pensaba que la familia era para siempre, ¿no? En las buenas y en las malas. Digo, el matrimonio ya probó ser una maldita farsa, ¿verdad? Pero, ¿qué hago contándote a ti? Con lo que hizo mi papá, pinche puerco, sabes a lo que me refiero. Eso de que hayas tenido que encargarte de todo, sin que nadie te echara la mano, y todavía llevando a Chelita a cualquiera de esas clases que se le ocurrían, qué bárbara. Creo que en tres años la vi entrar y salir de ballet, canto, guitarra acústica, acuarela, francés, alemán, tejido y natación, siempre y cuando fuera su amiguita esa, la que era buena para todo y nunca la pelaba… ¿Cómo se llamaba? No importa. No debiste desgastarte tanto para cumplirle sus caprichos. Aunque, supongo, que era sencillo porque yo no te pedía tanto, ¿verdad, ma? Jaja, nah, yo solo quería jugar todo el día, no necesitaba mucho mantenimiento. Supongo que ser el segundo tiene sus ventajas: uno se hace más independiente.

—Sí, siempre has sido el independiente.

—Hablando de eso, ma, ¿crees que puedas enviar un escrito al banco para que mi cuenta ya no dependa de tu firma? Es que he necesitado retirar algo de dinero, y siempre me ponen trabas cuando son más de diez mil. Y ya te he dicho que Lulú anda muy exigente con lo de la pensión y los uniformes de los niños y las vacaciones que acaba de tomar. Te digo, ma, ella dice que es una mujer sin ataduras con los hombres, pero para presumirse tan autosuficiente, parece más apariencia que otra cosa.

Cecilia sonrió apenas.

—En el banco me dijeron que necesitan que hagas un escrito permitiendo que yo sea el único a cargo de retirar el dinero, tu firma, la fecha y, por supuesto, notariada. Yo hago ese trámite, ma, no te

preocupes, yo me encargo —Luis miró el Montblanc en su muñeca y Cecilia miró hacia la ventana un momento, era su hora favorita. No sabía por qué, los domingos al atardecer se sentían diferentes a cualquier día de la semana. No era necesario trabajar en una oficina o leer el periódico para darse cuenta de que era momento de que el ciclo empezara otra vez. «A cada rato lunes», quiso decir en voz alta. Hasta que Luis carraspeó enfrente de ella—. Bueno, ma, me tengo que ir. Hoy me toca pasar tiempo con los niños, y Lulú no está nada contenta de que haya cambiado el día de ayer para ir al club con mis amigos. Nunca ha entendido que estas conexiones me servirán algún día. El martes vengo a recoger ese papel. Te quiero.

Cuando se quedó sola de nuevo, en su habitación, regresó a la vista de allá afuera. Creyó ver a una ardilla entre la hierba, aunque también pudo ser una rata. No era importante. Seguro pronto lo olvidaría.

La enfermera regresó.

—¿No se ha cansado, Cecilia, de tanto ajetreo? —bromeó —Aquí le traigo su té, calientito. Y las medicinas de hoy. Nada de hacer trampas, ¿eh?

Cecilia le dirigió una mirada de obediencia. Se puso de pie en cuanto se quedó, otra vez, sola. Llevó las medicinas y la taza de té con ella hacia la sala común. Aurora ya estaba apartándole un sillón frente a la televisión. Se sintió como si acabara de despertar y hace mucho que no veía a su mejor amiga. No quiso perder más tiempo, pero tampoco quería tirar su té. Olía tan bien. ¿De qué era? ¿Menta?

—Esta vez no se tardaron tanto como la otra vez, Ceci. Qué bueno, porque no me gusta contarte el inicio de cada capítulo, siempre me equivoco y te enojas conmigo —le mostró una pequeña ánfora que escondía debajo de la frazada sobre sus piernas—. También a mí me visitaron.

Los ojos de Cecilia se iluminaron como los de una niña a punto de probar un pastel que no le correspondía, de una fiesta a la que no habían invitado, de gente a la que no pertenecía. Con mucho cuidado, sus manos arrugadas dejaron la taza en una mesita frente a Aurora para que le sirviera un trago del whisky que le llevaba su sobrino cada tercer día o en fechas especiales, como su cumpleaños, Día de la Independencia y cuando Netflix estrenaba series o películas. «Ándele, tía, que luego aquí se pone muy deprimente», le decía, «y comparta con doña Ceci. Ella me cae bien». Mientras una disimulaba el movimiento de muñeca para vertir esa prueba de felicidad sin levantar sospechas, la otra se acercó a la ventana, junto a las macetas de un teléfono frondoso que ocultaba el borde sobre el que descansaba. Cecilia pensó que precisamente ahí le hubiera gustado fumar un

cigarrillo mentolado, con la cadera recargada en el muro, los ojos en perezoso escudriño del horizonte y el tabaco presionado entre el anular y el medio de la mano derecha, mientras el domingo se muere, una vez más, sin que pueda hacer absolutamente nada al respecto. Con la pericia de un prestidigitador, sin darse cuenta siquiera, la mano izquierda mete, una a una, las pastillas de su prescripción muy adentro de la tierra hasta perderlas.

—No sé cómo lo logras, Ceci —le dice su amiga cuando regresa a sentarse a su lado, a disfrutar de su té medicinal—. Apenas los oigo desde afuera cuando hablan contigo, y quiero sacarles los ojos.

Cecilia se ríe.

—Ah, Aurora —le dice—, esa es la gran ventaja del Alzheimer: estos minutos de lucidez me susurran acerca de la esperanza de que, en un par de horas seguro olvidaré lo que escuché hoy. A veces ni yo puedo creer que los haya querido tanto como dicen cuando la memoria me permitía retener sus miserables vidas. Pero, mira, a cada quien nos llega la bendición que necesitamos.

Aurora asintió con gusto, apretándole su mano como se estrecha a la de una hermana que nos acompaña en un túnel que se pone cada vez más oscuro, pero ya no da miedo.

EL ÚLTIMO DOMINGO

> Do you remember the first kiss?
> stars shooting across the sky
> to come to such a place as this
> you never left my mind.
>
> PJ HARVEY, «One line»

La primera señal de que este sería mi último domingo en la tierra me vino de pronto cuando la cortina se movió sigilosamente, con la brisa de la madrugada. Esa fue la certeza de que este cuerpo se rendía, de una vez por todas, a los años que carga en su osamenta. Sin embargo, no me levanté de la cama para aprovechar el día final junto a mis hijos o las vecinas con las que comparto el sol del solsticio cada vez que hay oportunidad. Me permití dormir hasta tarde, hasta que el calor de este abril enfermizo me obligó a tomar un torpe baño que me recordó que la elasticidad de mis piernas se había esfumado para siempre. No me había dado cuenta de que estaba por abrir la puerta de mi departamento para jamás girar la llave de nuevo, porque hasta ahora, que miro pasar las nubes de tormenta con pereza sobre la ciudad, me doy cuenta de que debía entender que la respiración comenzaría a fallarme antes de que el sol se pusiera. Ya es muy tarde para correr a una sala de emergencia o pedir auxilio a un extraño, así que me siento en esta banca, aparte de las demás, y observo con calma que frente a los ojos no pasa la vida en menos de un minuto, sino que la memoria se activa con la lucidez de su broma de clausura.

La lucidez.

Tantos años que lamenté olvidar el color de la fruta que mi abuela acomodaba sobre la mesa o el aroma de la loción de mi tío favorito, ese que perdoné incluso cuando intentó levantar mi vestido azul

cuando nos protegíamos de la lluvia bajo el cobertizo. O la marca de cerillos que mi padre siempre cargaba en su bolsillo trasero, con el que encendió tantas fogatas de días de campo sin planear. Todo eso que guardé entre fotos, correspondencia, recibos, boletos de cine o tarjetas postales, no volvió a aparecerse frente a mí desde que esta nostalgia agridulce de mi partida me acompaña.

En lugar de eso, me invadió el frío que sentí la última vez que lo vi, cuando todavía tenía edad para que me juzgaran de novel e inexperta. Mi piel jamás se había erizado de esa manera más que en aquella ocasión, pues al verlo tomar la camioneta hacia el aeropuerto experimenté el miedo a no volverlo a ver, sumado al deseo que sus labios habían provocado algunas horas antes, cuando desnuda en su cama, le permití hundir su rostro entre mis piernas, antes de besarme de manera frenética. Solo dos noches estuve en su habitación, dos oportunidades en que nos permitimos olvidarnos de la vida que dejábamos atrás, para regresar a ella otra vez un domingo cualquiera. Y aun así, la primera noche, que fue viernes, es la que me arrancó las lágrimas de pérdida, cuando comencé a caminar hacia el centro de la ciudad, vestida con esta bata y este abrigo de anciana que no me gustan, pero que debo usar porque la edad no me permite otra cosa. Recuerdo que habíamos bebido en aquella ciudad extraña, entre otros desconocidos que después llamaría amigos del alma, al son de canciones desentonadas y jarras de cerveza sin fin. Teníamos ya una semana de fiesta, cada noche endulzada con botellas de licor y cigarrillos que nos quemaban los dedos porque ya no nos dábamos cuenta de que aspirábamos solo el filtro. Él, del otro lado de la mesa me miraba de vez en cuando, y yo lo espiaba oculta entre los brazos de los que cantaban o los vasos que brindaban con ruido de vidrios a punto de estrellarse. Decidimos extender la noche hasta sus últimas consecuencias en su cuarto de hotel, en donde nos recibió con más cerveza y cajetillas de cigarro, a pesar de que yo quería dormir y ya. Y así lo hice, sin que me importara el resto. Al día siguiente me desperté medio mareada y abandoné el recinto para bañarme en mi habitación, y no puse atención a que él yacía dormido todavía al otro extremo de la cama. Pero ahora lo recuerdo todo: él con los otros, escuchándome roncar en medio de un estupor etílico; él, sin decirle una palabra a los que lo vieron, quitándome los tenis para acomodarlos junto al buró izquierdo; él apagando la luz de la lámpara de noche; él metiéndome con cuidado entre las sábanas, sin quitarme una prenda más, como un hermano mayor que vigila el sueño de su hermana pequeña borracha

y necia, que insiste en no cubrirse bajo su cuidado porque ya está grande; él poniéndose la piyama dentro del baño para tomar su lugar lejos de mí, porque le costaba no rodearme con sus brazos, y el temor a dejarse llevar por esa ternura que le despedí cuando un verso de lo que todos entonaban me arrancó un par de lágrimas de amargura, porque así era yo, amargada. Esa fue la primera noche de aquel año que dormí acompañada. Y desde entonces, jamás me he sentido así de segura.

Eso lo sé ahora.

Antes no le podía poner nombre a la necesidad de su presencia, pero toda mi vida lo extrañé. Ya que estoy a punto de despedirme de lo poco que tuve y la gente que estuvo a mi alrededor, acepto que siempre lamenté no pedirle directamente que no se fuera, que se quedara conmigo. Que ese último beso que me pidió antes de que saliera corriendo de su cuarto, lo debí convertir en un abrazo infinito y una propuesta de huida, para que nadie nos encontrara y el mundo nos olvidara para el resto de nuestros años. Perdí la oportunidad.

Pero la lucidez. Esta terca que me viene siguiendo desde que me acordé de su nombre al ver una botella de whisky en un aparador, me recuerda que esta ciudad nos vio caminar muchas veces hacia direcciones dispares, a pesar de que siempre nuestras huellas se cruzaron en esquinas comunes. A modo de aquellas películas del arqueólogo del sombrero y el látigo, miro el mapa sepia de este sitio a vuelo de pájaro recorrido por dos líneas rojas, independiente una de otra, que le dan la vuelta una y otra vez a nuestros lugares de encuentro: el bar de los sillones rotos, la librería de la señora sorda, la calle adoquinada en la que perdí el equilibrio en bicicleta y en donde él encontró una brillante moneda de cobre, el restaurante en el que me enamoré de un guitarrista, el mismo mes que se robó una litografía con otros amigos para firmarla y guardarla para el último que perdiera la vida.

Ahora que yo la pierdo de a poquito, el domingo ha transcurrido en una calma inaudita, en medio de un silencio que se percibe infinito, como cuando en el avión los oídos se tapan y ya no sabes si te molesta o te relaja. Si te evitará escuchar el motor de tu lado fallar o ahorrarte la angustia de lo inevitable.

Luego de nuestro encuentro, nos enviamos unos megabytes de correos electrónicos en los que repasamos, hasta el cansancio, las dos veces que compartimos cama sin que nadie sospechara nada. Exprimimos tanto esa memoria, que creo que hasta inventamos nuevos detalles para excitarnos de nuevo, mintiendo el nivel de intensidad, humedad o placer para encender en el otro la urgencia de

una tercera visita, que casi sucede. Hoy acabo de recordar la contraseña de esa cuenta de correo que ya no había visitado en treinta años, a la que llegaron sus promesas de un futuro posible que jamás se materializó porque nunca abordó el avión que habría de traerlo de vuelta a mi lado. Desde entonces no quise saber de él y le di permiso de mantener los planes que había hecho antes de conocerme; yo tuve que inventarme otros.

Todos y cada uno de ellos se movieron alrededor de él, ahora me doy cuenta. Y estoy segura de que si mis fuerzas no me abandonaran en este instante, podría correr hasta su puerta para decirle que se equivocó, que en realidad pasamos toda nuestra vida juntos, aunque jamás estuvimos al tanto. Cierro los ojos y le dedico mi último pensamiento, porque el rastro de sus labios me sigue dando los mismos escalofríos de cuando tenía 29 años, aquel último domingo, en una ciudad extraña.

Y ya no hay nada más, excepto esa línea que dibujo para unirnos por última vez.

ELENA

A Elenita nunca le pudimos aguantar el paso.

La culpa la ha tenido, siempre, su madre. Cuando la invitábamos a una de las permanencias voluntarias del cine —ese sitio con bancas de madera y piso de cemento irregular—, nos respondía: «Las católicas no van a lugares oscuros con otros hombres». Si le sugeríamos ir al Mercado de Antojitos a encontrarnos con alguno de los pretendientes de Silvia, la bonita, nos leía las intenciones con solo observar el rostro de ella, que le devolvía una mirada suplicante. Levantaba las cejas, entrecerraba los ojos y enderezaba la columna para formar un ángulo perfecto de 90 grados entre la espalda y las piernas, y decía, como sentencia: «Las católicas no salen de noche a verse a escondidas con un hombre».

Para que las seis pudiéramos salir juntas había que pensar en paseos libres de acompañantes, que terminaran antes de que se pusiera el sol y que nunca, jamás, fueran en domingo, viernes primero, días santos o durante el novenario de algún familiar. En la primera juventud siempre es más sencillo portarse mal que cumplir las reglas de los padres, así que a Elenita nunca le podíamos aguantar el paso entre sacristías, helados de limón y visitas a la biblioteca.

Pero era una buena amiga. Tal vez no nos acompañaba a nuestras escapadas de la vigilancia de nuestros padres y chaperones, pero nunca nos delató cuando contestaba las llamadas de mamás y hermanas angustiadas por el paradero de las más jóvenes de casa. Todos nos veían en las fiestas, robándonos tragos de ron y whisky de las mesas de los Rotarios o del Club de Leones, riéndonos en voz alta con los hijos de los invitados de honor, pero como nadie jamás nos señaló como culpables de manera directa, los castigos no nos hicieron aprender la lección. Apenas una reprimenda o una mirada de desaprobación al día siguiente mientras desayunábamos un poco de resaca y dolor de pies. Si Elenita hubiera contado los planes que le

confiábamos, quizá me hubieran enviado a la casa de mi tía la religiosa, en otra ciudad, mucho antes de lo pensado. A mi amiga católica le debo haber disfrutado la adolescencia que ella se negó de manera voluntaria.

Como buena católica, no fue la última de nosotras en casarse. Tampoco fue la primera, la suerte no estaba de su lado —al menos no durante la presencia de su madre—; sin embargo, no tuvo que llegar a los penosos 25 sin velo y sin ceremonia, como yo. Y aunque mi situación fuera, a la vista de muchas de las señoras de la colonia y de mi propia madre, la que menos se deseaba a cualquier señorita, Elenita sentía en la boca del estómago un poco de aprehensión cuando era invitada a una boda mientras ella no hubiera caminado antes al altar, del brazo de un hombre de familia.

En mi defensa, he de confesar que a los 16 dejé de ser señorita, así que mi caso debería tratarse de una manera distinta. El de Elenita, no, virgen intacta que conoció al que sería su esposo en la boda de Raquel, la segunda de nuestro grupo de seis que se rindió por el camino ya caminado por las otras mujeres de por aquí cuando vio demasiado complicado convencer a su padre para que la dejara estudiar en Francia. No le fue mal, se casó con su mejor amigo, el vecino junto a su casa, que la vio crecer y con la que aprendió a tocarse junto a la ventana de su cuarto mientras ella se cambiaba de ropa, sin notar —o eso decía ella— que el hijo enclenque del carnicero babeaba a unos cuantos metros de su habitación.

El carnicero fue el que se encargó de presentar a El Candingas y a Elenita, la siguiente pareja de nuestro grupo que se casaría. El Candingas era hijo de un amigo del carnicero con el que salían a cazar. El cuarteto padres-hijos se reunía cada fin de semana, y si el enclenque no estaba cansado de masturbarse pensando en su mejor amiga y vecina —todavía sin saber que sería su esposa—, pasaban todo el día disparando a huilotas, mapaches, conejos y, si tenían suerte y la paciencia necesaria, encontrarían un venado que todavía no huía de las laderas pelonas por la deforestación. El aserradero de mi padre pudo ser en parte culpable, así que no diré mucho al respecto.

Habrá sido por su formación de cazador que El Candingas vio en Elenita a un precioso trofeo digno de llevar a todos lados. Mi amiga era una joven tímida, pero muy guapa, de ojos enormes, párpados pesados y expresivos, cuello largo y la postura de una dama. Su madre no era aficionada a matar animales, por eso me pareció curioso cómo

podía parecerse tanto su actitud, cuando iba a misa con Elenita, a la de El Candingas cuando asistían a las reuniones del Rotario. Ambos la tomaban del brazo derecho, ambos le indicaban cuándo hablar, a quién dirigirse y dónde sentarse. Mi amiga, dócil como el ciego que le teme a los ruidos, se dejaba hacer de la mujer que la trajo al mundo y del hombre con quien debería marcharse de él.

Todas notamos el día en que Elenita se hizo novia del Candingas. Fue el mismo del funeral de su padre, antes de que lo enterraran. A veces pienso que El Candingas se aprovechó de que la madre no quería pensar en cómo serían los siguientes años sin su marido y con su hija, todavía soltera, en casa, y por eso permitió que el joven se convirtiera, casi de inmediato, en su prometido.

Desde entonces, Elenita fue más reservada que antes y comenzó a evitar nuestras fiestas e invitaciones. Nos recibía en su casa, siempre y cuando no estuviera el galán de visita, pero había cada vez más barreras entre ella y el mundo.

Recuerdo que le gustaba leer en la biblioteca los periódicos y los libros que le recomendaba el padre de su misa favorita. Cuando El Candingas entró a su vida, se acabaron esas visitas. Apenas cruzaba palabra con los del mercado y las charlas con el sacristán después de misa se terminaron cuando la nueva rutina se implantó: comida en casa de la madre, con el novio, su padre y el silencio de tumba de Elenita.

Dicen que el tiempo destruye todo, y en el fondo, lo sé, las demás esperábamos que El Candingas se cansara de la simpleza de nuestra amiga y se fuera en busca de otra presa. No lo hizo. Y en ocasiones me pregunto si se quedó porque olía en nosotras la desaprobación de su presencia. Tenía fama de necio y obstinado. Recuerdo la ocasión en que mi familia coincidió con la del carnicero en el Mercado de Antojitos. Nos adueñamos de la primera banca, para empezar con un atole de cacao y un tamal de hule antes de llegar a las enchiladas de queso y cebolla, las favoritas de mi madre, con una pieza de pollo frito para acompañar. Los Percances, como llamaba mi papá a la familia del cazador-carnicero, se sentaron junto a nosotros y el padre comenzó a contar una de las aventuras de aquel fin de semana. No sé si los demás notaron mi mirada de reproche cuando la historia se volcó en lo que El Candingas hizo, pero intenté con todas mis fuerzas decirle al narrador que odiaba a ese hombre corpulento que parecía quitarle la vida a mi amiga. A pesar de mis ojos abiertos como platos y la intensidad de mi mirada, El Percances continuó su narración sin darse

cuenta de mis intenciones.

El Candingas, explicaba, anunció que ese día se llevaría el cuerpo de un venado, sin importar el tiempo que tuviera que pasar en el monte. Los otros tres se burlaron de él y no tomaron en serio su advertencia, pues todos sabían que la montaña estaba por convertirse en tierra de nadie si tanto purépechas como aserraderos arrancaban árboles desde la raíz. Pero El Candingas no es un hombre que se rinda, no; los hombres no doblan las manos y cumplen lo que dicen. «Es más», dijo mientras le daba una engrasada a su rifle, «hoy me llevo el venado a casa y mañana pido la mano de Elenita». Sellaron el juramento con un trago de whisky de la cantimplora de El Percances y pusieron manos a la obra. Al principio pensaba que era una de las exageraciones del carnicero, quizá era mi incredulidad en ese momento de hasta dónde llegaba la terquedad de un hombre tan grande, tan fuerte y tan brusco. Tan acostumbrado a pisotear todo lo hermoso solo porque se rompe en más pedazos. El Percances dijo que la mañana pasó sin venados y sin una sola palabra de El Candingas. Cuando llegó el momento de marcharse, él se rehusó a regresar en la camioneta de su padre, y luego de una hora de insistir, lo dejaron allá arriba con una lámpara, su rifle y una chamarra que, en realidad, no iba a servirle de mucho si la noche lo arropaba por completo. Antes de que volviera a salir el sol, llamaron a la puerta de El Percances, y cuando la abrió, El Candingas dejó caer a sus pies el cadáver de un venado joven. La lengua salía por su garganta, justo donde uno de los disparos le reventó la cabeza, y su sangre, todavía fresca, manchó el tapete de la entrada de la casa. El padre de El Candingas, vestido con pijama, celebraba con una risa casi macabra mientras rodeaba con un brazo los hombros de su hijo, más alto y grueso que él. El Percances admitió que el muchacho tenía agallas, nos contó, y lo ayudó a desangrar, destazar y cortar al animal para que montara su cabeza en una base. «Va a ser mi regalo de bodas», terminó.

Mis padres comentaron algo, no recuerdo qué. Yo tuve que sacar un cigarrillo mentolado de la bolsa de mamá y callé mis comentarios con la primer bocanada. «Las chicas católicas no fuman», escuché una voz aguda a unos metros de mí. Giré la cabeza y vi a la madre de Elenita rodeada de sus amigas, con las que tenían un grupo de tejido en donde nunca hicieron ni un suéter ni un tapete, pero cómo destrozaron la vida de quienes conocían con sus juicios.

Por supuesto, no apagué el cigarro. Solo me propuse visitar a Elenita al día siguiente.

Ahora que lo veo en retrospectiva, mis padres no tenían tanto miedo a mi soltería como otros. Les preocupaba que la soledad me

alcanzara y muriera sola. Pero ese miedo lo tenemos todos, todo el tiempo, no importa la edad o el estado civil. Cada vez que salgo de casa cierro los ojos un segundo para pedirle a quien sea que regrese sana y salva, y encontrar otra vez los ojos de quien me abraza todas las noches. Y cuando estaba sola, igual: que pudiera regresar a mi cama desierta de nuevo para olvidarme de las cosas que había encontrado en la calle.

Mis padres notaron que yo no compartía su miedo e intentaron compensar su ataque de pánico al regalarme un Fiat 500 '65, recién salido de la agencia de la capital. Aunque adiviné el gesto, no tenía cara para rechazar semejante obsequio, así que tomé las llaves con tanto gusto que las mantuve clavadas en la palma de mi mano hasta que pude introducirlas en el arranque del auto.

Ese coche me llevó a casa de Elenita al día siguiente de la anécdota de El Candingas y el venado. Era lunes, y la encontré sentada en el porche, mientras rezaba con su rosario de cuentas de coral. Seguro su novio estaba por llegar, así que no quise perder tiempo. Me saludó desde su silla en cuanto me vio salir del Fiat y me invitó a acompañarla un rato. Se veía contenta, pero con una sombra en su rostro. Sin mucha introducción, me lo dijo: «Me voy a casar con Augusto». Ese era el nombre de El Candingas.

«Sí sabes que no tienes que hacerlo, ¿verdad?», contesté con toda la delicadeza con la que era capaz de hablar. Lo dije suave, lento y muy quedo para que su madre no saliera a mi encuentro para excomulgarme. Elenita sonrío más, pero también aumentó la sombra y sentenció: «Las católicas se casan». No dije nada. «Sobre todo si… si ya durmieron con ese hombre».

Mientras caminaba de regreso al auto y le daba la espalda a Elenita, me preguntaba si El Candingas la había amenazado con contarle a todos si no aceptaba casarse con él o si ella tomó la propuesta de matrimonio como la forma en que huiría de su madre. Nunca se lo pregunté.

La fecha de la boda llegó antes que el invierno. Recuerdo que mientras repetía sus votos frente a la congregación durante la ceremonia, pensé que ni Elenita ni su madre hablaban de los deberes de los hombres católicos. Esa frase con la que se mataba cualquier intento de diversión solo aplicaba a las mujeres. Y entendí que estaban acostumbradas a verse como las presas que, aunque crecen en lo

salvaje, deben ser domadas. Por eso algunas de nosotras no éramos del gusto de su madre. Nosotras tan en pantalones, tan cabello suelto y maquillaje, tan pocas sortijas de matrimonio, tan no casadas y tan no vírgenes.

Sí, se veían felices durante el vals, mientras partían el pastel y cuando salieron a su luna de miel. Pero fue la última vez que vi sonreír así a Elenita.

Los meses pasaron de prisa y la amistad se enfrió. Nada más le quedaba tiempo para atender a El Candingas y tratar de embarazarse. Al no quedar preñada de inmediato, su madre apenas pudo disimular la vergüenza. Pero quien peor lo tomó fue su esposo. Cada vez que alguien mencionaba la llegada de un bebé o le preguntaban cuándo comenzaría a formar una familia, apretaba los puños hasta que los nudillos palidecían y cambiaba de tema con la misma sutileza que un rayo parte un árbol.

Y entonces las cosas se fueron al diablo.

Primero se insinuó en una fiesta. Luego otro habló de un rumor. Finalmente, el mismo Percances confirmó que El Candingas caminaba en las noches por el centro con una mujer distinta. Se decía que su intención era encontrar a una madre sustituta, a otra que sí pudiera engendrar para meterle su semilla y tener la familia que el resto le exigía. Dejó de ir a cazar para desvelarse a gusto, mientras Elenita se quedaba en casa y aguantaba sus desplantes de borracho cuando regresaba en la madrugada.

Alguien dijo que faltó a una fiesta de los Rotarios porque tenía un ojo morado. Ella mandó decir que se sentía indispuesta.

Después de semanas sin saber de ella, por todos lados hervía que El Candingas hacía de las suyas en los burdeles, las esquinas y las cantinas del centro. Ya no intentaba ocultarlo y la madre de Elenita se recluía en su habitación para no tener que dar excusas por un yerno que ya estaba harto de oler a su presa favorita.

De la nada, una noche, recibí la llamada de Elenita. Su voz jamás había sido tan estable, clara y resuelta: «¿Puedes venir, por favor?». Temía acelerar el 500, llamar la atención de las personas incorrectas. «¿Qué tal si El Candingas me ve y me sigue?», pensé. No sabía para qué me necesitaba, pero no podía estar acompañada y era mejor que aprovecháramos el tiempo.

Estacioné el coche a media cuadra de su casa, caminé con cuidado para que mis zapatos no retumbaran en las casas de los vecinos y dejé que la oscuridad de esa noche sin luna me vistiera para que no me

notaran. La casa de Elenita no ofrecía luz desde sus ventanas, pero la puerta de servicio estaba entreabierta. «Si le hizo algo...», me dije, y solo esa ocasión supe lo que era la ira mezclada con el terror. Entré por la cocina y distinguí la silueta de Elenita. La encontré sentada a la mesa, con los brazos sobre el mantel y un cigarrillo en su mano. Despedía un olor fuerte, a clavo y pimienta, supuse que eran de la marca que fumaba El Candingas. Noté sus manos sobre la mesa y me di cuenta de que el mantel estaba arruinado. De sus antebrazos se deslizaba un líquido viscoso que manchaba la tela, sin remedio. ¿Era chocolate de un pastel que aprendía a hornear? ¿Era pintura que había usado para redecorar un cuarto, quizá la habitación de su futuro hijo? ¿Era miel oscura? ¿Era… sangre?

¿Era de ella?

Movió su cabeza hacia mí cuando me acerqué, muy lentamente, como quien no quiere asustar a un animalito que devora con cuidado a su presa, no vaya a ser que le antojemos un postre con nuestras entrañas. Elenita me miró directo a los ojos. Todavía no había encontrado el cuerpo de su esposo, convertido en un eunuco, nadando en su propia sangre en el suelo de su habitación. Pero algo me dijo que sus antebrazos no olían a ella y que la carne entre sus uñas no le hacía falta a su cuerpo. Elenita estaba tranquila, respiraba profundamente con cada jalada al tabaco, no temblaba. Creo que sonrió un poco.

Le puse mi abrigo antes de salir de su casa, le di las llaves de mi Fiat y le señalé dónde estaba estacionado. Esa noche tuve la oportunidad de despejar muchas de las dudas que hoy no puedo responder, pero no la aproveché. Solo una pregunta no pude guardarme, una que me parecía tan obvia, que me arrepentí al momento de formularla. «¿Por qué lo hiciste, Elena?», susurré.

Encendió otro cigarro y lo sostuvo entre sus labios mientras se envolvía mejor en el abrigo que acababa de regalarle. Tuvo que cerrar un ojo para que el humo no lo lastimara.

«Porque las católicas no se divorcian. Enviudan», respondió.

Los taconazos de sus zapatos retumbaron por toda la calle hasta que llegó al Fiat, abrió la portezuela, arrancó y aceleró despacio para dar vuelta en la esquina y perderse, para que no pudiéramos seguirle el paso a Elena, todo por culpa de su madre.

VAMOS A NECESITAR MÁS CAJAS

Para don Pedro, mi papá

Dos semanas después del aniversario de la muerte de mamá, mi padre agarró valor y me pidió ayuda para empacar todo lo que había dejado atrás y que ya no tenía su aroma: la ropa, las sábanas, los discos de Daniela Romo y Juan Gabriel que nunca le gustaron a él, sus libretas de patrones para el punto de cruz y los suéteres, los libros de superación personal y un montón de papeles que ya no se necesitarían otra vez, desde su certificado de secundaria técnica hasta el último estudio que se le hizo en un hospital. Se iría todo.

Estaba atento a ese llamado desde el día después del entierro, pero nunca tuve el corazón de insistirle porque sé que debía acostumbrarse poco a poco a la ausencia de su esposa, quien por más de treinta años estuvo a su lado, en las buenas y en las malas. Sin embargo, no quise perder tiempo y empecé a llevar a casa cualquier caja de cartón que encontrara utilizable. En muchas ocasiones, la cajuela de mi Golf estuvo atiborrada de cajas desarmadas, y creo que quitarle el aroma a polvo rancio va a necesitar más inversión de la que pensaba. No quise empeorarlo al llevar el Golf, así que mejor renté una camioneta y nos compré el desayuno en un café del camino, de donde mi madre solía llevar brioches de crema de avellana con almendra. Tan buenos como dignos de un tema de conversación reducido a esos pequeños orgasmos gastronómicos, si se quiere gemidos, que compartíamos los tres con cada bocado. No tenía nada de incómodo, estoy seguro, es solo que no encuentro cómo describirlos mejor.

Estacioné la camioneta afuera del garage. Mi padre salió a recibirme. Cuando le entregué la bolsa de papel con los panes todavía tibios, los ojos se le iluminaron. «Qué bueno que trajiste, porque yo no

sé dónde los compraba tu madre». Siempre olvidaba cosas así. Me preparé para un viaje accidentado al pasado entre objetos empolvados, porque si algo tiene mi viejo, es que es despistado. Durante más de diez años hemos comido del pan de este café, y en más de una ocasión mi padre condujo su auto para llevarnos. Sin embargo, la encargada era mi madre, nunca tuvo que molestarse en aprenderse el camino pues la guía era ella. Cuando papá me condujo al interior del garage para mostrarme todo lo que había apartado para empacar, lamenté haber decidido dejar el cigarrillo.

Empezamos por el desayuno. Después del placer del bendito pan, mi padre me dijo que por poco olvidaba enviar los documentos completos a la aseguradora, con todo y que, primero mi madre y luego yo, le ayudamos a ordenar en una gruesa carpeta, para que solo tuviera que presentarlos en las oficinas y olvidarse del asunto hasta el momento del depósito, en caso de que su esposa muriera. Y murió, pero se concentró en lidiar con su luto y lo que menos urgencia le dio fue recuperar el dinero. «Ya lo perdiste, ¿cierto?», le pregunté un poco desilusionado: los billetes habrían ayudado a terminar de pagar algunas deudas de su casa. «Apenitas», contestó mientras le añadía azúcar a su café, «un amigo de ahí adentro me ayudó a cambiar algunas fechas y ya está hecho el trámite. Toca esperar». Menos mal.

Pusimos manos a la obra. En tres maletas de distintos tamaños estaban la ropa y zapatos de mamá que las tías no se llevaron después del entierro. El maquillaje, los cepillos, los pasadores y una colección infinita de cremas para la cara estaban en una hielera, no sé por qué, junto a la caja de herramientas. Los libros, que esperaba ya estuvieran en cajas, vivían en pequeños montones aquí y allá: en una de las esquinas, a pocos centímetros de contagiarse del aceite que tira el auto viejo de mi padre, encima del armario de las pinturas y los solventes, sembrados entre macetas vacías y sobre una banca de madera que antes estaba en el jardín trasero. «Siempre la odié, pero tu madre la amaba. Era su lugar favorito para sentarse con el maldito gato. Ya no hay gato, ya no está ella, también que se vaya este armatoste», dijo cuando se la señalé. Sentí un poco de tristeza, no solo porque se deshacía de un rincón grabado con el peso de mi madre, sino porque el gato ya no estaba. Mi padre dijo que seguro lo habían atropellado. Sin embargo, antes de que comenzara a lamentarlo, el animalito se escabulló desde debajo del coche estacionado y emergió sucio, más flaco que antes y muy ruidoso. Miré a papá un poco sorprendido. «Mira nomás, aquí sigue el micho. Pero la banca se va, ¿eh?».

Abrimos la puerta del garage, quitamos los libros del mueble y lo llevamos hacia la camioneta. Aprovechamos para llevar las cajas

adentro y comenzar a armarlas. «Cuando nos cambiamos a esta casa, tu madre decía que no quería tirar las cajas, por si nos movíamos pronto a un lugar mejor», comenzó a contarme. Mi madre, por su parte, me había dicho años atrás, cuando ya nos tomábamos cerveza juntos, que quería guardar las cajas, en caso de que tuvieran que empacar de prisa y salir corriendo con lo más importante. ¿Huir de qué? «Yo qué sé. De los bancos, de un cobrador. Ya ves cómo se le olvidan esas cosas a Roberto», decía chupando un limón con sal antes de dar un trago. Quién sabe desde cuándo y por qué, pero todo lo que bebía mi madre, fuera alcohólico o no, parecía que era un trago de tequila. No conozco a nadie que pueda verse rudo con una taza de té de manzanilla, solo ella le daba sorbos grandes, como si fueran caballitos del destilado más barato del pueblo.

Nos lanzamos primero por los libros. Recorrí todo el garage al rescate de cada uno y lo revisé, en caso de que quisiera conservarlo. Los siete métodos de la gente altamente efectiva, Juventud en éxtasis, Cómo ganar amigos e influir en las personas, Juan Salvador Gaviota, El vendedor más grande del mundo y otros clásicos me desfilaron por enfrente y, así como los veía, así los lancé a una gran caja que cerramos con doble cinta, igual que un exorcista lo haría con el cofre que encierra a Legión. Excepto uno. «Tu madre me dijo que no tirara este». Cuerpos sin edad, mente sin tiempo, decía el título. Quizá fue su último intento para cuidar a mi padre, el olvidadizo, cuando ella no pudiera, así que lo aparté y lo dejé encima del capote de su Jetta 1999. Luego fue el turno de su ropa. «¿Recuerdas cómo se veía con este vestido?». Me mostró un estampado de grandes flores rojas, perfectamente diseñado para un día caluroso, y que le encantaba usar cuando íbamos a un balneario cerca de aquí. Con todo y que nos íbamos en autobús, no le importaba arrugarlo un poco con tal de no tener que lidiar con el tráfico de la carretera en domingo por la tarde. «Lo compró para usarlo en la boda de mi hermano, que quería casarse en enero, en lunes y por la mañana, para ahorrar dinero. Si hubiera sabido que la vieja lo iba a largar por un rockerillo de poca monta, se habría comprado un boleto para Argentina», me contaba al doblar el vestido antes de apretarlo en una de las cajas. Sí es verdad que mi tío Luciano era fan de Maradona y quería ir a su iglesia, pero mi madre mandó hacer ese vestido, después de la boda, con una costurera amiga de mi abuela, porque quería darle celos a la vecina de al lado, que siempre se asoleaba en bikini en el diminuto jardín del frente de su casa. A mi papá no le molestaba ni tantito, y aunque su esposa jamás iba a admitir que le envidiaba las curvas a la vecina, sí sabía que a la descarada le ardía verla con ropa nueva. Con el de las flores rojas se

pavoneaba con más fuerza frente a ella, antes de salir de paseo. Entonces recordé que no había notado movimiento en la casa de junto. Siempre estaba la mujer en cueros o la música del marido, un adicto a Wagner que, en el fondo, no lo conocía tanto porque siempre ponía la de los Nibelungos hasta el cansancio porque el resto de su repertorio era una mezcla de Yanni, Kitaro y, por supuesto, Di Blasio. Si no estuviera seguro de que mi difunta madre había sido la mujer más ruda e inteligente que conocí, juraría por su colección de libros que era la mejor amiga de aquel tipo. «Papá, ¿y los Bernardino?». Selló una caja más y, sin levantar la vista, respondió: «Nah, ya no viven aquí.»

Para mí fue más que suficiente. El gato, Kasparino, decidió acompañarnos y observarnos desde el techo del Jetta, acomodado sobre el libro de Deepak Chopra.

«Tu madre no necesitaba tanta cosa para verse bien. Todavía no entiendo para qué tanta crema», otra vez mi papá contando mal la historia. En la casa de la abuela vi, hasta el cansancio, la historia de la piel de mi madre. De niña pecosa, gracias al sol se convirtió en una joven salpicada de manchones que la obligaron a revisarse en cualquier superficie reflectora durante el resto de su vida. Ese botiquín de cremas para el rostro era, apenas, la primera de varias capas que aprendió a dominar para ocultar lunares, paño, sombras y, porque fue inevitable, arrugas. Era una tarea de varias horas por las mañanas por la que acaparaba el baño principal. Ella sabía bien el orden de aplicación, y no había visita a supermercado o farmacia que no incluyera resurtir alguna de sus pócimas. Con todo, era tan buena para disimular el disfraz, que nadie se lo notaba. A menos, claro, que vivieras con ella. «En verdad mi padre es muy distraído», me dije.

Cuando regresé de acomodar las cajas en la camioneta, noté con gusto que gran parte del trabajo estaba hecho. Lo último sería ir a un par de casas hogar y basureros para repartir lo que tuviera que repartirse y tirar lo que ya no tenía caso usar de nuevo. De pronto vi a mi padre escarbando entre documentos empolvados, sentado en el suelo y con la respiración entrecortada. Estaba nervioso. «Pensé que habías dicho que ya estaba resuelto lo del trámite del seguro», le dije. No respondió nada de inmediato, pero sí me miró con un poco de miedo en los ojos y se apoyó en la defensa del Jetta para ponerse lentamente de pie. Un grupo de muchachos pasaron en sus bicicletas frente a la casa, todos gritos, campanadas y chiflidos: Kasparino, nervioso como gato, brincó de su puesto y se convirtió en una mancha gris que desapareció dentro de la cocina. A su paso dejó un par de huellas impresas en las hojas revueltas por papá y, por supuesto, al

pobre de Chopra, cuyas páginas se alborotaron al tocar el suelo. Mi padre reparó de inmediato en el libro y una hoja color verde que salió volando. La desdobló, inspeccionó su interior y suspiró de alivio. Yo no entendía nada. «¡Ay, tu madre, tu madre! Siempre fui tan despistado, qué bueno que la tuve siempre de mi lado. Hasta el final». Se guardó el papel en la bolsa trasera de su pantalón Dockers y le dio una pasada con los ojos al pequeño desastre hecho por el gato, por él y la muerte que no esperábamos de mamá. «Hijo, voy a necesitar de tu ayuda para algo más».

Tomamos los papeles viejos y los tiramos en una bolsa de basura. Movimos cualquier obstáculo que se interpusiera en el camino del Jetta para sacarlo de ahí y luego tuve que quitar la camioneta de su sitio, así ambos vehículos podrían quedar estacionados afuera para trabajar con la puerta del garage cerrada. Mi mamá le decía garage, para mí es la cochera, mi padre le dice de ambas maneras. Y a pesar de que viví con ellos en esa casa durante más de veinte años, aprendí que aunque creía conocer la historia completa —y correcta— de su vida juntos, apenas estaba enterado de la superficie. Igual que con la casa. Como si me enseñara un truco de magia, mi padre me mostró que debajo de donde descansaba el auto había una placa que parecía hecha de concreto, pero en realidad era de metal pintado, que se mantenía en su lugar gracias al empaque de sus bordes, que también funcionaba como un aislante. Que al levantar esta placa, una pequeña escalinata te invitaba a bajar un par de metros a un pequeño cuarto. Sin embargo, yo no quise hacerlo porque desde ahí se elevaba un fétido olor que me dio un golpe tan fuerte, que creí que iba a desmayarme ahí mismo. Por supuesto, perdí el equilibrio y quedé en el suelo, concentrado solo en no devolver el panecillo de hace un par de horas, totalmente confundido y a la merced de lo que mi padre quisiera contarme, de lo que pudiera recordar de manera correcta, de lo que tuviera que armar yo mismo en la cabeza.

No sé de dónde, mi padre tomó plástico enrollado y descendió sin prisa, sin pedirme que lo ayudara —no tenía que ser un genio ni Funes el Memorioso para darse cuenta de que en ese instante no era más que una piltrafa humana—, a lo que allá tenía guardado y no quería compartir con nadie más. Hasta que lo escuché forcejear con algo, para mí invisible, me atreví a acercarme, intentando engañar, sin mucho éxito, a mis fosas nasales y el sentido del olfato, «esonoescarnepodrida, esonoescarnepodrida», y luego a mis ojos y mi pobre, cesgada, apenas periférica y miope vista: «esosnosonlosvecinosdesmembrados,
esosnosonlosvecinosdesmembrados». Desde el empacado de los trozos

infestados de gusanos y los pocos huesos ya expuestos, hasta el momento en que me despedí de mi padre, seis horas después, bajo un cielo oscuro sin rastro de luna y cubierto de una tierra que seguía oliendo a carroña putrefacta, mi cerebro fue nada más que una máquina de negación, como cuando era niño e intentaba convencerme a mí mismo o a quien me convenía, de que lo que pasaba era exactamente como lo imaginaba y prefería, no como el mundo lo presentaba frente a mi obstinada y estrecha mente.

No estoy empacando la mano cercenada de la vecina.

No estoy envolviendo en periódico el cráneo semidesnudo del que creo que fue su esposo.

No estoy vaciando los libros de las cajas para reemplazarlos con restos humanos.

No estoy conduciendo con mi padre, en una camioneta rentada, a un destino que mi madre le marcó en un mapa.

No estoy escuchando que ambos planearon el hecho cuando supieron que ella tenía cáncer. No acabo de enterarme que mis padres planearon un asesinato solo porque querían disfrutar de sus últimos meses juntos sin interrupciones engorrosas.

No estoy excavando, junto a mi sexagenario padre, una fosa a pocos metros de un pozo séptico. No estoy hasta las rodillas de mierda.

No acabo de quemar mis pantalones porque se han convertido en mierda.

No acabo de ver a mi padre hacer exactamente lo mismo, también con mis zapatos y calcetines.

No estoy de regreso en casa, fingiendo que no acabamos de hacer lo que hicimos.

No estoy dándole una caricia a Kasparino, que me ronrronea mientras se restriega en mis piernas desnudas.

Un poco apenado, muy cansado y quizá un par de años más viejo, mi padre puso las manazas, con ligero olor a mierda, sobre mis hombros. Iba a decir algo importante, podía sentirlo, pero no tenía ni la energía ni las palabras a la mano. Con su mirada, perpetuamente triste, hicimos un inquebrantable pacto de silencio. «Tu madre me cuidó hasta hoy. Si no es por este gato, no hubiera encontrado la parte final del plan, ¡un año después! Me hubiera puesto una gritoneada… Ella es la que se acordaba de tu cumpleaños, hijo; de comprar los regalos de Navidad y estaba al pendiente de mi ropa interior. Yo era el bueno para arreglar las cosas en la casa, pero si ella no me las señalaba, a mí se me olvidaba todo, te digo, todo. ¿Cómo le voy a tener miedo a perder la cabeza de pura demencia, si de todas formas

ya me quitaron a mi guardiana? Claro que iba a hacer todo lo que me pidiera, y creo que en el fondo agradecí que me dijera antes de ir a su primera quimioterapia las ganas que tenía de deshacerse de los Nibelungos y las tetas flácidas de junto».

Miré los libros, desparramados por todo el lugar. El gato se bañaba y ya estaba casi al descubierto el color crema natural de su pelaje. Allá, al fondo, vi un título de Tom Clancy, el único libro que no era de superación personal que había sido de mamá. Ella no solo era la de la buena memoria, sino la que siempre sabía qué decir, cuándo decirlo. Yo lo único que le heredé fueron las pecas. Así que si abrí la boca después de eso que dijo mi padre, fue para sentenciar con un dejo de desesperanza: «Vamos a necesitar más cajas»

BALLENAS VARADAS

> We can't see the start, we can't hide the end.
>
> THE ALBUM LEAF, «Falling from the sun»

Cada vez que Jonás veía en las noticias que en alguna playa se encontraban ballenas varadas, lo invadía una sensación que le costaba definir pero que le obligaba a observar aquellos enormes mamíferos echados de lado sobre la arena. Miraba a los ambientalistas y voluntarios que ayudan a mantenerlas mojadas si no pueden cargarlas a aguas más profundas, y se preguntaba si alguna de ellas en realidad quería ser salvada.

Intentar leer su rostro era como cuando buscaba ojos y boca a los personajes de un óleo de arte moderno, o cuando hacía lo posible por adivinar lo que un gato piensa mientras lo ve desde su sillón favorito: no le decían nada. Sin embargo, siempre se concentra en los ojos de una ballena por si es capaz de descifrar su mensaje, pues se imagina que si esta llega hasta la orilla del mar, a la que no pertenece, es porque quiere decirle algo al mundo.

Hay un momento del día en que Jonás se queda quieto y escucha el ruido de sus pulmones mientras se llenan de aire y se vacían. Algo truena ahí dentro, y aunque no le duele, le da el presagio de lo que vendrá y lo sabe inevitable. Será por eso que confía demasiado en ese destino conectado a un respirador que lo auxilie a fumar uno o dos cigarrillos a escondidas de su enfermera —siempre la piensa mujer, jamás hombre— y se permite una que otra negligencia al regresar a casa sin compañía por las madrugadas, a lo largo de la calle que corre en paralelo al puerto. Desde ahí se huele la madera quemada de las fogatas de extraños, y cuando él pasa de largo junto a los grupos de jóvenes que se reúnen por ahí para beber, ellos guardan silencio mientras Jonás lucha por no caer sobre el pavimento gracias a los

traspiés del alcohol o el cansancio del día.

Será por eso que aquella mañana de agosto, en que se sentó a desayunar con la televisión encendida, supo que un centenar de ballenas había encallado en la playa cercana y moría despacio bajo el sol. Vio a los bañistas confundidos que en otras ocasiones yacen de idéntica manera sin perder el aliento, y Jonás se preguntó si los enormes animales no buscaban otra cosa más que rendirse bajo la calidez de un astro al que conocen solo a través de un escudo de agua.

Será por su constante parsimonia que no le pareció mala idea ir hasta allá por la noche y observar la curva de la última ballena a un extremo de la orilla. La conmoción había pasado ya; los héroes se habían ido y no había rastro de mirones ni periodistas, solo esa solitaria criatura rodeada de la espuma de un mar que no alcanzaba para cobijarla. Jonás pensó que tal vez allá dentro no habría nada para ella.

Pararse junto a un ser de estas dimensiones era como medirse contra una montaña que de pronto se estremece, es aceptar la insignificancia que se posee y entender que cualquiera se siente poderoso porque todo lo que uno tiene se construye para que sea más pequeño. Y si es más grande, es porque lo hemos creado para dominarlo.

Una ballena no sabe que existimos. Esa pudo ser la razón por la que Jonás se acercó tanto, para que ella lo viera y que en su memoria de ballena quedara constancia de que él estuvo ahí, con los zapatos cargados de arena y un crujido casi audible desde sus pulmones.

Su enorme ojo estaba abierto, pero no le decía nada. En realidad, era como una obsidiana pulida sin profundidad. Lo que dejó inmóvil a Jonás fue ese sonido que emanaba de todo su ser, como un crepitar amplificado y cavernoso que lo inundaba y le explicaba un poco de esa nostalgia del cuerpo que no se mueve, pero que todavía siente.

Ahí, sin sus compañeras, la ballena era la última del regimiento, la que sí se atrevió a cumplir un pacto suicida porque uno aprecia más la vida cuando se le está yendo y no hay nada más hermoso que la propia entrega de armas frente a un desconocido. Frente a Jonás. De todas las demás, ella fue la que ganó, pues mientras iba perdiendo la sensibilidad de ese cuerpo tan enorme —de seguro todo le habría dolido más a Jonás con esas proporciones: la partida de Ana, el silencio de Ana, su vida a medio enunciar sin las palabras de Ana—, fue él quien la guardó en los recuerdos, por los que de vez en cuando revive los instantes finales de la ballena varada en la playa nocturna.

Desde entonces, cada vez que observa otro caso de estas fantasmales visitas en la orilla, Jonás se da cuenta de que, mucho más

que lo humano, nada que sea de las ballenas le es ajeno.

Índice

Bitácora del olvido
Estática
Una promesa
El triunfo de la memoria
La soledad de los peces muertos
Tu cicatriz en mí
Cecilia sonríe apenas
El último domingo
Elena
Vamos a necesitar más cajas
Ballenas varadas

PARAÍSO
PERDIDO
EDITORIAL

©2017 Abril Posas ©2017 Editorial y Servicios Editoriales Paraíso Perdido S de RL de CV

Avenida de los Arcos 347-2
Guadalajara|México|44130
www.editorialparaisoperdido.com hola@editorialparaisoperdido.com PRIMERA EDICIÓN, MAYO 2017
PRIMERA EDICIÓN EBOOK, JULIO 2017
CORRECCIÓN ORTOTIPOGRÁFICA typotaller
IMAGEN DE PORTADA © Eréndira Derbez FOTOGRAFÍA DE LA AUTORA © Ana Lorena Méndez DISEÑO DE LA COLECCIÓN
Antonio Marts / typotaller

ISBN

978-607-8512-17-1

Se autoriza la reproducción de este libro total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para USO PERSONAL y SIN FINES DE LUCRO
y citando al AUTOR y a la EDITORIAL.
IMPRESO Y EDITADO EN MÉXICO

Esta edición
de El triunfo de la memoria
fue impresa en la ciudad de Guadalajara
en mayo de MMXVII. En su composición
se usaron las fuentes Calluna de 9, 11 y 19 puntos
y Boomer Slab de 12, 14 y 26 puntos.

eparaisoperdido

eparaisoperdido

@eparaisoperdido